CRITERIO EMOCIONAL

OSVALDO REBOLLEDA

CRITERIO EMOCIONAL

OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa

rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.
No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.
Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.
Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.
Edición general: **EGE**
Revisión literaria: **Autores argentinos**
Revisión solo ortográfica **- IA**
Diseño de portada: **EGEAD**
Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción……5

Capítulo uno:

El alma como filtro emocional……..11

Capítulo dos:

Ejemplos de criterio emocional……25
(Parte uno)

Capítulo tres:

Ejemplos de criterio emocional……37
(Parte dos)

Capítulo cuatro:

El criterio espiritual……..48
La semejanza de Cristo

Capítulo cinco:

Criterio emocional o espiritual en la Familia…….58

Capítulo seis:

Criterio emocional o espiritual en la Iglesia……73

Capítulo siete:

Criterio espiritual ante la sociedad…….85

Epílogo……...96

Reconocimientos……..102

Sobre el autor……...104

INTRODUCCIÓN

"Adquiere sabiduría, adquiere inteligencia; no olvides mis palabras ni te apartes de ellas."
Proverbios 4:5

Cada ser humano lleva dentro de sí un misterio profundo: la capacidad de pensar, sentir, evaluar y decidir. No somos máquinas programadas para responder de manera uniforme; somos criaturas hechas a imagen de Dios, con alma, emociones y voluntad. Y, sin embargo, desde la caída, esa imagen se ha visto oscurecida por la desconexión espiritual y la fragilidad de nuestra naturaleza humana. Así, cada persona aprende a mirar la vida desde un prisma muy personal, marcado por experiencias, dolores, heridas, alegrías y diferentes expectativas.

El resultado es evidente: no todos reaccionamos de la misma manera ante un mismo acontecimiento. Lo que para algunos es apenas un roce, para otros se convierte en una herida profunda. Lo que para unos es motivo de esperanza, para otros es fuente de angustia. Algunos enfrentan la adversidad con calma y resiliencia, mientras que otros se quiebran fácilmente ante la presión.

No todos resolvemos las encrucijadas de la vida de la misma forma. El criterio para la toma de decisiones puede ser tan variado como personas existen en el mundo. Las

emociones no solo generan diferentes reacciones, sino también diferentes decisiones. Aquello que nos hace únicos y especiales puede volverse un problema cuando las emociones están dañadas.

La naturaleza pecaminosa y la ausencia de la vida de Cristo producen un gobierno oscuro que no todos pueden encauzar con certeza o efectividad. Es verdad que hay muchas personas sensatas, equilibradas y prudentes, más allá de la condición espiritual que tengan. Sin embargo, es claro que los seres humanos sin Dios sufren de un criterio de juicio deformado por las tinieblas. Aunque puedan ser sensatos en algunos aspectos, siempre padecerán la carencia de la vida de Cristo, que es nada menos que la verdad eterna.

Las personas pueden ser muy inteligentes y criteriosas, pero el solo hecho de no creer en Dios es evidencia de una capacidad de juicio sumamente limitada. Algunos toman mejores decisiones que otros en la vida, pero la ausencia de la vida y de la dirección de Dios hace que, aunque puedan alcanzar el éxito personal, nunca logren el verdadero propósito para el cual fueron creados.

Ahora bien, es lógico que las personas sin Dios sufran un criterio de juicio emocional que las lleve a reaccionar, o decidir erróneamente ante ciertas situaciones. Pero los hijos de Dios, también llamados por Pablo hijos de la luz **(1 Tesalonicenses 5:5)**, deberíamos tener una gran ventaja: el criterio de juicio espiritual, otorgado no solo por el

conocimiento de la verdad, sino también por la operación del Espíritu Santo que habita en nosotros.

Sin embargo, más allá de la vida y la luz divina, todos tenemos un alma influenciada por las emociones y la capacidad intelectual. Tener la vida de Dios y la posibilidad de una comunión efectiva con el Espíritu Santo no garantiza un criterio de juicio correcto, si no permitimos que el Señor gobierne nuestras vidas.

Participar de reuniones, cantar canciones, conocer versículos o incluso orar, no asegura un criterio de juicio espiritual, si no sabemos cómo gestionar la fe en la persona de Cristo. Dios nos otorga el privilegio de vivir bajo Su gobierno, pero no todos acceden a ello. De hecho, muchos rehúyen del mensaje del evangelio del Reino, justamente por sus demandas.

Amados hermanos, todo está relacionado con nuestro criterio emocional o espiritual, porque esa es la manera en que procesamos la realidad, filtramos los acontecimientos de la vida y establecemos juicios sobre lo que nos acontece. Este criterio, muchas veces invisible pero siempre determinante, surge de lo más íntimo de nuestra alma o de nuestro espíritu. Es la semejanza de Adán que todos llevamos dentro, o la semejanza de Cristo que los renacidos hemos recibido.

Adán, al desobedecer, no solo abrió la puerta al pecado, sino que también nos legó una manera de pensar y de sentir marcada por el miedo, la inseguridad y la

desconfianza hacia Dios. Desde entonces, la humanidad se mueve bajo parámetros emocionales que, en la mayoría de los casos, terminan alejándonos de la plenitud para la cual fuimos creados.

La Escritura es testigo de cómo los hombres, incluso aquellos escogidos y llamados por Dios, tomaron decisiones basadas en criterios emocionales errados. De hecho, Adán se escondió y se vistió con hojas al sentirse desnudo, mostrando que el miedo y la vergüenza nublaron su confianza en el Creador.

¿Con qué criterio actuó Adán? Él tenía una plena comunión espiritual con el Señor, pero no utilizó el criterio sabio del Espíritu, sino el criterio del alma, conducida por emociones vulnerables. La Biblia nos relata esta situación porque ahí radica el gran problema de la humanidad. En Adán se refleja la condición de todos los seres humanos. Al leer sobre Adán, no podemos sentirnos superiores, sino confrontados: cada uno de nosotros, en algún momento, ha reaccionado de manera semejante, decidiendo desde la emoción antes que desde el Espíritu.

El problema, entonces, no es únicamente que tengamos emociones, sino qué hacemos con ellas. El criterio emocional de Adán siempre nos empuja hacia el miedo, la ira, la duda, la codicia, la vanagloria y la incredulidad. Pero en Cristo, el último Adán, hemos recibido una nueva manera de pensar, sentir y decidir. Pablo lo expresa con claridad: ***"Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el***

postrer Adán, espíritu vivificante" **(1 Corintios 15:45)**. En Cristo, ya no estamos limitados a la lógica natural ni a la fragilidad de nuestra alma, porque hemos recibido la vida del Espíritu.

La obra de Cristo no consiste solo en perdonarnos, sino en hacernos partícipes de una nueva naturaleza. Así como llevamos la imagen del hombre terrenal, estamos llamados a llevar también la imagen del celestial **(1 Corintios 15:49)**. Esto significa que ya no debemos vivir esclavos de un criterio emocional marcado por el pasado, las heridas o el entorno, sino que podemos aprender a pensar con la mente de Cristo y a discernir desde la sabiduría del Espíritu Santo.

Este libro es una invitación a mirar nuestro interior para evaluar con qué criterio estamos viviendo. Debemos preguntarnos: ¿Estamos obrando bajo el criterio de Adán, que reacciona desde el miedo, la vergüenza o la carne? ¿O estamos utilizando el criterio de juicio espiritual, que responde desde la fe, la verdad y el amor de Dios? La diferencia no es menor; de hecho, de esto depende la dirección de nuestra vida, la calidad de nuestras decisiones y el testimonio que damos al mundo.

El desafío es profundo y práctico a la vez, por eso debemos encararlo bajo la supervisión de la luz de Dios y no de nuestra simple introspección **(Salmo 36:9)**. No se trata de negar las emociones ni de vivir como si no existieran. Se trata de aprender a rendirlas al Señor, a someterlas a la guía del Espíritu Santo, y a dejar que Cristo sea quien gobierne

nuestros pensamientos y reacciones. Solo así podremos encontrar un equilibrio verdadero, una fortaleza interior que no dependa de nuestro temperamento ni de nuestras circunstancias, sino del Espíritu que nos da vida.

En las páginas que siguen, recorreremos las Escrituras para ver cómo distintos hombres y mujeres tomaron decisiones con criterios equivocados, y cómo nosotros, en Cristo, somos llamados a vivir bajo un criterio elevado y diferente. Descubriremos que no estamos condenados a repetir los mismos errores, porque en Cristo tenemos acceso a una mente renovada y a una sensibilidad espiritual que nos capacita para enfrentar cualquier situación con sabiduría y gracia.

Este libro no busca únicamente informarnos, sino otorgarnos herramientas de transformación. No es un tratado académico sobre emociones, aunque tendrá profundidad teológica; es un llamado pastoral a vivir en el Espíritu y a experimentar la libertad de una vida gobernada por Cristo. Mi oración es que, al avanzar en su lectura, el Espíritu Santo nos confronte, nos consuele y nos dirija, hasta que podamos decir con firmeza:

"Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí..."
Gálatas 2:20

Capítulo uno

EL ALMA COMO FILTRO EMOCIONAL

"Nada hay tan engañoso y perverso
Como el corazón humano.
¿Quién es capaz de comprenderlo?
Yo, el Señor, que investigo el corazón
Y conozco a fondo los sentimientos…"
Jeremías 17:9 y 10 (DHH)

El ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, es un ser profundamente complejo. La Escritura nos presenta una visión integral del hombre en la cual espíritu, alma y cuerpo conforman una unidad indivisible, pero con funciones específicas y distinguibles. Siempre hago hincapié en esto: podemos separar el cuerpo, el alma y el espíritu para aprender la dinámica de nuestra vida en Cristo, pero al final solo podemos funcionar como seres integrales.

El alma ocupa un lugar central en esta dinámica, pues es allí donde convergen las facultades de la mente, la voluntad y las emociones. Si el espíritu es el canal por el cual

nos conectamos con Dios, y el cuerpo es la expresión visible en este mundo material, el alma es el puente que traduce lo espiritual hacia lo terrenal y lo físico hacia lo espiritual.

Cuando hablamos de emociones, no nos referimos a algo superficial o pasajero, como a menudo se piensa. La Biblia reconoce la realidad de las emociones humanas: Jesús lloró, se indignó, se compadeció y también se alegró. Las emociones no son en sí mismas un problema; son un reflejo del diseño divino que nos permite experimentar la vida con profundidad y sensibilidad.

Sin embargo, cuando las emociones se convierten en el criterio fundamental para pensar, decidir y actuar, pueden transformarse en un filtro distorsionado que nos aleja de la verdad de Dios. Antes de recibir la gracia de la vida en Cristo, la sede de gobierno que utilizábamos era nuestra alma. Pero la regeneración es un "golpe de estado" que traslada esa sede a nuestro espíritu, en comunión con quien ahora debe gobernar: el Espíritu Santo.

El alma, por lo tanto, no se anula, sino que entra en un proceso de redención y puede funcionar como un filtro que matiza nuestra percepción de la realidad. Este filtro no siempre es limpio ni transparente; muchas veces está teñido por experiencias pasadas, por heridas no sanadas, por frustraciones o por expectativas insatisfechas. En tal caso, este filtro debe ser sanado para que pueda cumplir su función de manera efectiva.

El Nuevo Pacto está basado en la vida de Dios y no en la nuestra, por eso Pablo nos habla de despojarnos de la vieja naturaleza. Si es cierto el concepto de que nuestro "yo" debe morir. ¿Entonces por qué deberíamos sanarlo? Porque cuando hablamos de despojarnos de la vieja naturaleza, de tomar la cruz o de morir al yo, hablamos de gobierno, no de extinción definitiva.

Cuando nuestra alma está atrapada en fuertes sentimientos y emociones, difícilmente se dejará gobernar, porque son demasiadas las voces internas que procuran sostenerla como protagonista. La única forma de silenciarla, permitiendo que ceda el gobierno al Espíritu Santo, es redimirla; y eso también implica sanarla y liberarla de sus desequilibrios internos.

Cuando decimos que una persona sin Dios no tiene vida espiritual, es porque no tiene a Cristo, que es la vida, y por lo tanto la reconocemos como alguien muerto espiritualmente. Pero eso no implica que no tenga espíritu humano. De manera semejante, cuando hablamos de morir al yo en la vida cristiana, no hablamos de la exterminación del alma, sino de la sujeción al gobierno del Espíritu Santo, que es la verdadera vida en nosotros.

El diseño del Reino es salvar nuestra alma, no matarla. La muerte de su dominio es, en realidad, su liberación. Tomar la cruz y morir al yo no significa nuestra extinción, sino el paso a la verdadera vida: la vida de resurrección. Jesucristo fue a la cruz, pero esa muerte fue el umbral a la vida eterna y

glorificada; morir a nuestro yo tomando la cruz es vivir en el poder de Su Espíritu.

La complejidad del alma hace que cada persona reaccione ante la vida de manera distinta, porque el alma procesa los estímulos de acuerdo con su propio bagaje emocional. Así, lo que para unos es una pequeña incomodidad, para otros puede ser una crisis insoportable; y lo que para algunos es un obstáculo insalvable, para otros no es más que una oportunidad para crecer.

La clave está en reconocer que el alma no es infalible. Sus juicios y percepciones pueden estar distorsionados por el dolor, el enojo, el miedo o la inseguridad. Es allí donde surge la importancia del concepto de "criterio". El criterio es la capacidad de evaluar, discernir y emitir juicios acertados frente a las distintas situaciones de la vida.

Sin embargo, cuando este criterio se fundamenta únicamente en las emociones, se convierte en una brújula que apunta en direcciones cambiantes, incapaz de proveer estabilidad o certeza. Tomar decisiones basadas en impulsos emocionales es como edificar una casa sobre la arena: en apariencia puede ser firme, pero cuando llegan los vientos y las tormentas, todo se derrumba **(Mateo 7:24 al 27)**.

El alma tiene la tendencia natural de buscar alivio inmediato, satisfacción presente y seguridad emocional. Por ello, cuando las decisiones se toman desde un criterio emocional, lo que prima no es la verdad de Dios ni el

propósito eterno, sino el deseo de escapar del dolor, de alcanzar un placer momentáneo o de defender el propio ego. Y allí radica el alto costo de vivir bajo este filtro: relaciones rotas, ministerios frustrados, familias divididas, corazones heridos y, sobre todo, la incapacidad de experimentar la paz de Cristo que sobrepasa todo entendimiento.

Los cristianos hemos sido llamados a vivir en un plano distinto. La vida de Cristo en nosotros nos ha provisto de un recurso mayor: tenemos Su Espíritu, Su mente y Su sabiduría. Esto no significa que neguemos la existencia de las emociones, ni que debamos reprimirlas o ignorarlas de manera absoluta; significa que debemos someterlas al gobierno de Cristo, de modo que no sean las emociones las que marquen el rumbo de nuestra vida, sino el Espíritu Santo.

El desafío de la vida cristiana no es anular el alma, sino redimirla, para que, en lugar de ser un filtro contaminado por las heridas del pasado o por los engaños del mundo, se convierta en un canal purificado que refleje el carácter de Cristo en medio de nuestras reacciones, pensamientos y decisiones.

La madurez espiritual se evidencia precisamente en este punto: en aprender a discernir cuándo nuestras emociones intentan gobernar y cuándo el Espíritu nos está guiando a Su voluntad. El hombre natural no tiene más que el criterio emocional para enfrentar la vida, pero el hombre espiritual posee la capacidad de interpretar la realidad desde la mente de Cristo. Este contraste es fundamental: uno

reacciona desde lo que siente; el otro responde desde lo que cree y sabe en Dios. Uno se mueve por impulsos cambiantes; el otro permanece firme en la verdad inmutable de la Palabra.

Por eso, la invitación de la Escritura es clara: ***"Renovaos en el espíritu de vuestra mente"*** **(Efesios 4:23)**. La renovación no ocurre solamente en el plano cognitivo, sino también en el emocional. Se trata de dejar que la mente de Cristo gobierne sobre nuestras emociones, para que el filtro del alma ya no sea un velo distorsionado, sino un instrumento afinado que proyecte la luz del Espíritu. Solo entonces podremos enfrentar la vida con equilibrio, sabiduría y paz, incluso en medio de las tormentas.

Cada persona tiene un umbral distinto frente al dolor, la frustración y el conflicto. No todos enfrentamos la vida de la misma forma, porque no todos llevamos las mismas cicatrices en el alma, ni procesamos las emociones de la misma manera. Hay quienes, ante la mínima dificultad, sienten que el mundo se derrumba sobre ellos, mientras que otros, soportando cargas mucho más pesadas, continúan caminando sin detenerse. El alma interpreta la magnitud de los problemas de acuerdo con sus propias referencias internas.

Este hecho nos confronta con una realidad inevitable: lo que para mí puede ser un gran obstáculo, para otro tal vez no represente ninguna dificultad. Lo que yo considero una ofensa intolerable, para otro puede ser apenas un detalle sin importancia. Por eso, no podemos medir la fortaleza

espiritual de una persona únicamente por sus reacciones emocionales, sino por la capacidad que tiene de someter su alma al gobierno de Cristo. El alma nos hace diferentes, pero el Espíritu nos une en un mismo propósito y nos capacita para responder con madurez en cualquier circunstancia.

La vida diaria nos ofrece incontables ejemplos de cómo los criterios emocionales condicionan las decisiones humanas. Un creyente que se siente herido por una palabra mal dicha puede abandonar una congregación sin buscar reconciliación; un joven enamorado puede dejarse arrastrar por la pasión de un momento y comprometer su pureza; un líder ministerial puede tomar decisiones precipitadas, movido por la frustración o el enojo, en lugar de esperar en la dirección del Señor. Cada uno de estos casos muestra el mismo principio: el alto costo de decidir con base en el alma y no en el Espíritu.

Hace un tiempo, un pastor amigo me comentó con cierta indignación que una familia de su congregación no podía superar la pérdida de una abuelita. Según su punto de vista, esta familia no llegaba a comprender lo que la Palabra nos enseña respecto de la muerte física y la vida eterna. Por eso, decía él, deberían dejarla ir y asumir la situación con fe, de manera que el dolor no los afecte tanto.

Este pastor hizo un análisis bíblicamente correcto, pero se negaba a considerar el desmedido dolor de esa familia. Incluso me explicó que, aun su esposa, le demandaba un poco de empatía respecto de lo que estaba pasando, pero él

persistía en su postura. Ciertamente, si consideramos fríamente la verdad, el pastor tenía razón.

Con el tiempo, este mismo pastor sufrió la pérdida de su perrito, al cual amaba profundamente. Entonces me llamó llorando y oramos juntos por su dolor. De hecho, luchó durante bastante tiempo para tratar de sobrellevar su angustia. Estos sentimientos son lógicos, aunque algunos tal vez pensaron que su pérdida no era para sentir tanto dolor.

Es decir, algunos pueden sufrir mucho por la pérdida de un ser querido y otros pueden pensar que no es para tanto. Sin embargo, puede que esa misma persona sea muy afectada por la pérdida de su mascota, mientras otros, observando desde fuera, consideren que no es tan importante. En definitiva, lo que para uno es muy doloroso, para otro no lo es. No podemos juzgar situaciones personales, pero sí podemos encontrar el equilibrio en Cristo.

En uno de mis libros conté cómo una hermana de la congregación se apartó enojada con Dios porque sus hijos habían salido reprobados en unos exámenes que debían rendir. Mientras tanto, un matrimonio de pastores, hace apenas un tiempo atrás, perdió a su hijito y, sin enojarse con Dios, siguió adelante sirviéndole con todo su dolor.

Reitero: estas cosas no las menciono para juzgar a nadie. Por el contrario, lo que pretendo es demostrar que las emociones y los sentimientos son diferentes en todos. El criterio emocional para medir dificultades varía en cada

persona, así como el umbral del dolor es distinto en cada uno. El desafío es salir de esa montaña rusa de las sensaciones y los sentimientos para pensar y sentir como el Señor Jesús y no como Adán. Esto no implica ser insensibles, sino sentir con libertad y juzgar las situaciones con justo juicio **(Juan 7:24)**.

El problema no es que las emociones existan, sino que las dejemos gobernar. Cuando gobiernan, se convierten en tiranas que esclavizan. Una persona dominada por sus emociones es como un barco sin timón: lo arrastran los vientos de las circunstancias. Un día se siente capaz de conquistar el mundo, y al siguiente se encuentra sumida en la más profunda desesperanza. La inestabilidad emocional produce inestabilidad espiritual, porque la fe comienza a filtrarse por el ánimo del momento y no por la verdad eterna de Dios.

Esto que propongo no es algo técnico ni frío, porque Jesús no lo fue. Él expresó claramente sus sentimientos. Estaba ungido con gozo más que sus compañeros **(Salmo 45:7)**, se enojó con los religiosos y negociantes del templo **(Mateo 21:12)**, lloró sobre Jerusalén **(Lucas 19:41)**, o ante la tumba de Lázaro **(Juan 11:35)**, y se conmovió por aquellos que andaban como ovejas sin pastor **(Mateo 9:36)**.

Él no era alguien regulado solo por el deber. Tenía y expresaba claramente sus emociones y sentimientos. Lo que sí evidenció fue un gran equilibrio para no salirse de su propósito, ni permitir que sus emociones lo apartaran de su

misión. Recordemos la exagerada cantidad de ataques que recibió, pero no pecó bajo la presión de ninguno de ellos.

Por eso, la Palabra nos llama a tener dominio propio, que es una virtud otorgada en Cristo. Este dominio no significa represión ni indiferencia, sino gobierno: la capacidad de permitir que el Espíritu Santo sea quien marque el rumbo de nuestra vida, por encima de lo que sentimos. El cristiano maduro no ignora sus emociones, pero tampoco se somete a ellas; las reconoce, las entrega a Cristo y las deja ser transformadas por Su gracia.

Aquí se nos revela una verdad profunda: el alma puede ser un campo de batalla donde se decide si caminaremos por fe o por vista, si seremos gobernados por la verdad o por los sentimientos. El apóstol Pablo describe este conflicto cuando habla del hombre interior que se deleita en la ley de Dios, pero que al mismo tiempo lucha contra la ley del pecado en sus miembros **(Romanos 7:22 y 23)**. Esa tensión no es otra cosa que el alma tratando de imponer sus criterios por encima del criterio espiritual.

El cristiano que vive bajo criterio emocional corre el riesgo de malinterpretar la voz de Dios, confundir el impulso con dirección divina y disfrazar sus propias pasiones con un lenguaje espiritual. El alma puede engañarnos, haciéndonos creer que lo que sentimos es lo que Dios quiere. Sin embargo, el Señor no se revela a través de caprichos emocionales, sino en la certeza de Su Palabra y en la paz que sobrepasa todo entendimiento.

Por eso, debemos aprender a discernir entre lo que nace del alma y lo que procede del Espíritu. Discernir es más que identificar emociones; es examinar si aquello que siento está alineado con la voluntad de Dios revelada en Su Palabra. Este ejercicio de discernimiento espiritual requiere tiempo, oración y sometimiento. Requiere, sobre todo, humildad: reconocer que nuestra alma no es una fuente confiable en sí misma y que necesitamos la mente de Cristo para interpretar correctamente la vida.

Cuando Cristo gobierna, el alma deja de ser un filtro distorsionado y se convierte en un instrumento afinado para reflejar Su gloria. Entonces, nuestras reacciones ya no son el eco de nuestras heridas, sino el fruto del Espíritu; nuestras decisiones ya no se basan en la emoción del momento, sino en la dirección del Señor; y nuestros pensamientos ya no se dejan llevar por la ansiedad, sino que descansan en la verdad de Dios. Esa es la verdadera libertad: no negar las emociones, sino someterlas al señorío de Cristo.

Hemos sido llamados a vivir por un criterio superior: el criterio espiritual. No se trata simplemente de controlar las emociones con disciplina humana, sino de permitir que la vida de Cristo gobierne en nosotros. La Escritura afirma que ***"tenemos la mente de Cristo"*** **(1 Corintios 2:16)**, y esto no es una metáfora, sino una realidad espiritual. Su vida en nosotros nos capacita para pensar como Él, sentir como Él y actuar conforme a Su voluntad. Pero esta mente no se manifiesta de manera automática: requiere rendición diaria,

ejercicio de fe y una decisión consciente de no dejar que el alma dicte el rumbo de nuestra existencia.

Así como un atleta disciplina su cuerpo para alcanzar una meta, también debemos aprender a disciplinar nuestras emociones, pensamientos y reacciones. Cuando un pensamiento de temor se levanta, la mente de Cristo nos recuerda: ***"No temas, porque yo estoy contigo"*** **(Isaías 41:10)**. El alma puede caer en desilusión, frustración o temor, pero el Espíritu siempre nos proporcionará equilibrio de fe.

Cuando el enojo amenaza con dominar nuestras palabras, el Espíritu nos invita a responder con mansedumbre. Cuando la tristeza intenta paralizarnos, la esperanza en Cristo nos devuelve la fortaleza para seguir adelante. Esta es la práctica de vivir conforme al criterio espiritual: no negar lo que sentimos, pero tampoco ser esclavos de ello, sino filtrar toda emoción a través de la Palabra y del Espíritu.

Tomar decisiones bajo criterio emocional siempre tendrá un costo. Un matrimonio puede romperse por palabras dichas en un momento de ira; un llamado ministerial puede apagarse por una frustración mal procesada; un proyecto que podría haber bendecido a muchos puede quedar en el olvido porque alguien se dejó dominar por la inseguridad o el temor.

El enemigo sabe bien cómo aprovechar este terreno: no puede arrebatar la salvación de un creyente, pero sí sembrar emociones distorsionadas para que, a través de ellas,

los hijos de Dios tomen malas decisiones que afecten sus vidas y, por supuesto, su testimonio.

Pero cuando aprendemos a vivir bajo criterio espiritual, la historia cambia. La paz de Cristo gobierna sobre la ansiedad, la fe se impone sobre la duda y la esperanza vence al desaliento. Este estilo de vida no se logra de un día para otro, sino que es fruto de un caminar constante en comunión con Dios. Requiere oración diaria, meditación en la Palabra y apertura al obrar del Espíritu Santo. La meta no es llegar a ser insensibles al alma, sino alcanzar la madurez de ser sensibles en el Espíritu más que en las emociones.

Aquí radica la diferencia entre el creyente inmaduro y el maduro. El inmaduro se deja arrastrar por el vaivén de lo que siente; el maduro examina sus emociones a la luz de la Palabra y decide conforme al Espíritu. El inmaduro confunde sus deseos con la voz de Dios; el maduro aprende a esperar hasta que la paz de Cristo confirme la decisión. El inmaduro interpreta las circunstancias desde el filtro de su alma; el maduro las interpreta desde la mente de Cristo. Y lo hermoso es que esta madurez no es un privilegio de unos pocos, sino una invitación para todos los hijos de Dios.

Por eso, este capítulo nos llama a un compromiso personal. No basta con reconocer que las emociones influyen en nuestras decisiones; debemos rendir nuestra alma a Cristo para que Él sea quien filtre nuestra manera de pensar, sentir y actuar. Debemos confesar cuando hemos tomado decisiones bajo criterio emocional, arrepentirnos y pedir al

Espíritu Santo que renueve nuestro interior. El Señor no nos pide perfección inmediata, pero sí un corazón dispuesto a dejar que Él gobierne sobre todas las áreas de nuestra vida.

Hoy más que nunca necesitamos cristianos que vivan bajo criterio espiritual, no emocional. Vivimos en una sociedad que exalta los sentimientos por encima de la verdad, que define la moralidad según las emociones del momento y que llama sabiduría a lo que en realidad es impulso.

En medio de este panorama, la Iglesia debe levantarse como un testimonio vivo de equilibrio, madurez y discernimiento. No seremos luz si reaccionamos como el mundo reacciona; lo seremos si dejamos que la vida de Cristo se exprese a través de nosotros, aun en medio de las pruebas.

Que el alma ya no sea un filtro que distorsione la realidad, sino un instrumento afinado por el Espíritu. Que nuestras emociones no sean cadenas que nos esclavicen, sino expresiones redimidas de la vida de Cristo en nosotros. Y que nuestras decisiones, pensamientos y reacciones sean siempre el reflejo de la sabiduría eterna de Dios. Solo así podremos vivir con verdadero criterio espiritual: un criterio gobernado, transformado y redimido por la mente de Cristo.

"Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús."
Filipenses 4:7

Capítulo dos

EJEMPLOS DE CRITERIO EMOCIONAL

(Parte uno)

"Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz."
Romanos 8:5 y 6

El corazón humano, cuando no es gobernado por el Espíritu de Dios, queda expuesto a las fuerzas inestables de las emociones. La Escritura nos advierte que el corazón es engañoso y perverso más que todas las cosas **(Jeremías 17:9)**, y justamente en esa vulnerabilidad encontramos el terreno fértil donde el criterio emocional suele crecer y dirigir decisiones que terminan en pérdida, frustración o incluso ruina.

El criterio emocional es aquella manera de discernir y actuar que se fundamenta en los impulsos, los temores o los deseos del alma, y no en la sabiduría divina ni en la dirección

del Espíritu. Cuando el hombre permite que sus emociones sean el filtro por el cual interpreta la realidad, corre el riesgo de tomar decisiones que contradicen el consejo de Dios, aun cuando su intención inicial pareciera legítima.

Desde el inicio de la historia bíblica, vemos cómo hombres y mujeres escogidos por Dios se dejaron arrastrar por sus emociones. El Edén mismo fue testigo de cómo la primera pareja humana, en lugar de confiar en la voz clara y directa del Creador, prestó oído a la serpiente y permitió que el deseo, el temor y la vergüenza gobernaran sus actos.

Adán, tras haber desobedecido, se escondió y cubrió su desnudez con hojas. Siendo un hombre creado sabio, ¿qué criterio lo guió a semejante error? Fue el criterio del miedo, de la vergüenza y de la autoprotección; o quizá la manipulación emocional de Eva lo condujo no solo a comer del fruto prohibido, sino también a cubrirse con absurdos delantales y a esconderse.

En lugar de correr hacia Dios con un corazón quebrantado, se ocultó tras un disfraz frágil que no podía cubrir su desnudez espiritual. La emoción dominante fue el temor, y ese temor lo llevó a distanciarse del único que podía restaurarlo. Esta es la paradoja del criterio emocional: en lugar de acercarnos al Señor, nos hace huir cuando justamente necesitamos correr a Sus brazos.

El mismo patrón se repite en Abraham. Aquel a quien Dios había prometido descendencia numerosa como las

estrellas, decidió en momentos cruciales apoyarse en su astucia humana. Temió por su vida en Egipto y mintió, presentando a Sara como su hermana. Más tarde, cuando el tiempo de la promesa parecía tardar, cedió al consejo de su esposa y buscó soluciones humanas con Agar.

El criterio que lo movió ante estas decisiones no fue el de la fe, sino el de la impaciencia y la inseguridad. La emoción dominante fue la ansiedad ante la espera. Es notable cómo incluso un hombre de fe como Abraham pudo caer en la trampa de resolver con sus propias manos lo que solo Dios podía cumplir con las Suyas. El criterio emocional, disfrazado de practicidad, siempre termina debilitando la confianza en el plan divino.

Esaú es otro ejemplo claro de este principio. Un instante de hambre lo llevó a cambiar lo eterno por lo inmediato. Su primogenitura, símbolo de bendición y herencia espiritual, quedó en segundo plano ante el deseo momentáneo de saciar su apetito. El criterio que lo guió fue el del placer inmediato, el de la necesidad física que parecía urgente e ineludible.

La emoción dominante fue la impulsividad, esa falta de dominio propio que hace que lo eterno se sacrifique en el altar de lo momentáneo. En Esaú se cumple la advertencia que siglos después nos daría el apóstol Pablo: ***"El ocuparse de la carne es muerte"*** **(Romanos 8:6)**. El criterio emocional siempre reduce la visión de lo eterno y magnifica lo pasajero.

Jacob, aunque heredero de la promesa, también sucumbió al criterio emocional. Su amor por Raquel lo llevó a apresurarse, a negociar su matrimonio con un precio que lo ataría durante años. Su deseo por alcanzar la bendición lo impulsó a engañar a su padre y a su hermano. El criterio que lo gobernó fue el de la manipulación, confiando más en su astucia que en el poder de Dios.

La emoción dominante fue la ambición, disfrazada de celo por la bendición, pero que en realidad lo llevó a actuar según sus fuerzas. El resultado fue una vida marcada por luchas y engaños, hasta que en Peniel, quebrantado, aprendió que la verdadera bendición no se consigue con estrategias humanas, sino con un corazón rendido que se aferra a Dios.

Moisés, el gran líder de Israel, también ilustra este punto. Ante la presión del pueblo sediento, estalló en ira y golpeó la roca dos veces, en lugar de hablarle como Dios le había mandado. Su criterio en ese momento fue el de la frustración, la descarga emocional del enojo acumulado. La emoción dominante fue la ira, y ese arrebato lo privó de entrar a la tierra prometida.

La ira no es solo un sentimiento explosivo; es un criterio que nubla la obediencia y confunde la voz de Dios. Moisés, que tantas veces había intercedido con paciencia, en ese momento dejó que el enojo le hablara más fuerte que el Espíritu. Aquí aprendemos que incluso la persona más usada por Dios puede perder oportunidades si permite que el criterio emocional gobierne sus actos.

Todos estos ejemplos nos confrontan con una verdad: la vida del creyente se mueve en una constante tensión entre los criterios del alma y los criterios del Espíritu. La historia bíblica no oculta las fallas de los hombres de Dios, sino que las expone para advertirnos. Y cada relato es un espejo donde podemos ver nuestras propias luchas.

¿Cuántas veces actuamos como Adán, cubriendo con hojas nuestras faltas en lugar de confesarlas? ¿Cuántas veces, como Abraham, nos adelantamos con soluciones humanas porque sentimos que Dios tarda demasiado? ¿Cuántas veces despreciamos lo eterno como Esaú, cambiando la comunión con Dios por el placer inmediato? ¿Cuántas veces manipulamos como Jacob, tratando de forzar la bendición? ¿Cuántas veces descargamos nuestra ira como Moisés, perdiendo lo que Dios quería darnos?

El criterio emocional sigue siendo hoy el mismo peligro, porque las emociones, aunque parten de nuestra humanidad, no fueron diseñadas para gobernar nuestra vida espiritual. Cuando ocupan ese lugar, se convierten en ídolos sutiles que dictan decisiones que parecen razonables, pero que terminan en desobediencia y pérdida.

La historia de Acán, en los días de Josué, es un claro retrato de cómo el criterio emocional puede abrir la puerta a la ruina personal y colectiva. Dios había dado instrucciones claras sobre el anatema, pero Acán, dominado por el deseo de poseer lo prohibido, tomó un manto babilónico y un lingote de oro, escondiéndolos en su tienda.

El criterio que lo guió fue el de la codicia, esa voz del alma que promete satisfacción inmediata pero que nunca revela las consecuencias. La emoción dominante fue el deseo, tan fuerte que anuló el temor de Dios. El pecado de Acán no quedó en el ámbito privado, pues arrastró a todo Israel a la derrota. Aquí descubrimos que el criterio emocional nunca es inofensivo: lo que decidimos bajo la presión de un deseo desordenado afecta a nuestra familia, a nuestra comunidad e incluso a la congregación a la que asistimos.

Sansón es otro ejemplo trágico. Hombre ungido, dotado de una fuerza sobrenatural, pero gobernado por pasiones humanas. Su historia nos recuerda que no basta tener dones y unción si el criterio que guía nuestra vida es el del alma. Sansón actuó impulsivamente, entregándose a las pasiones y caprichos de su corazón. La emoción dominante fue la atracción descontrolada por las mujeres, hasta que finalmente Dalila lo llevó a la ruina.

El hombre que debía libertar a Israel terminó siendo prisionero, con los ojos arrancados, humillado en el templo de Dagón. Su criterio no fue el de la obediencia ni la consagración, sino el de la pasión desenfrenada. Así nos advierte la Escritura que el Espíritu de Dios no permanece donde el criterio emocional gobierna. Sansón perdió la unción porque cedió repetidamente a sus emociones sin someterlas a Dios.

Saúl, el primer rey de Israel, es otro espejo doloroso. Llamado para guiar al pueblo con obediencia, se dejó gobernar por la impaciencia, el temor y los celos. Cuando Samuel tardaba en llegar, Saúl se apresuró a ofrecer el holocausto. Su criterio fue el de la inseguridad, y la necesidad de controlar lo que no le correspondía. Más tarde, ante la orden de destruir a Amalec, dejó vivo al rey y guardó lo mejor del ganado, justificando su desobediencia con un criterio aparente de religiosidad, ya que dijo que era: "para ofrecer sacrificios a Jehová".

La emoción dominante fue el temor al pueblo y la necesidad de aprobación. A esto se sumó el veneno de los celos contra David, que lo llevó a perseguirlo como enemigo. Saúl es el retrato del liderazgo gobernado por las emociones: decisiones apresuradas, obediencia parcial y celos enfermizos que terminan en la ruina espiritual. El criterio emocional en un líder no solo lo destruye a él, sino que también expone al pueblo a confusión y dolor.

David, el hombre conforme al corazón de Dios, también cayó en la trampa del criterio emocional. Una tarde de ocio lo llevó a mirar desde su terraza, y el deseo lo arrastró al adulterio con Betsabé. Luego, en un intento desesperado por ocultar lo que había hecho, tomó decisiones cada vez más oscuras, incluso enviando a Urías a la muerte. El criterio que lo guió fue el del placer y luego el del temor a ser descubierto. Las emociones dominantes fueron el deseo y la culpa.

David, que tantas veces consultaba al Señor, en ese momento no buscó la dirección divina, sino que siguió los impulsos de su carne. Pero, a diferencia de otros, cuando fue confrontado reconoció su pecado y se quebrantó. Aquí aprendemos que, aunque el criterio emocional nos lleve a pecar, aún hay esperanza si hay un corazón que se humilla y se arrepiente. El perdón de Dios no borra las consecuencias, pero restaura la comunión con Él.

Finalmente, Salomón, el rey sabio, es una paradoja viviente. Dotado de sabiduría incomparable, no supo gobernar su propio corazón. Su criterio emocional lo llevó a unir su vida a mujeres extranjeras, que finalmente inclinaron su corazón hacia la idolatría. La emoción dominante fue el apego afectivo, esa necesidad de complacer sentimientos antes que obedecer a Dios.

Salomón comenzó su reinado con discernimiento espiritual, pero lo terminó con el alma gobernando sus decisiones. Su historia nos recuerda que la sabiduría sin obediencia no es garantía de fidelidad. El criterio emocional puede vencer incluso al más sabio si éste no guarda su corazón.

Estos relatos nos enseñan que no basta con tener promesas, dones, unción o sabiduría: si no aprendemos a discernir nuestras emociones y a someterlas al Espíritu Santo, ellas se convierten en el timón de nuestras decisiones.

La Biblia expone con crudeza estas historias no para condenar, sino para advertir. El criterio emocional, en todas sus formas, deseo, ira, celos, miedo, ambición o placer, siempre conduce a la pérdida. Pero, en medio de estas caídas, también vemos la gracia de Dios, que ofrece caminos de restauración para quienes se arrepienten y vuelven a Él.

La galería de ejemplos que hemos recorrido nos deja una lección ineludible: los hombres de Dios no cayeron porque desconocieran la voluntad divina, sino porque, en momentos decisivos, permitieron que el criterio emocional dominara sobre el discernimiento espiritual.

Adán sabía que había desobedecido, pero eligió esconderse. Abraham conocía la promesa, pero optó por apresurarse con sus propias soluciones. Esaú comprendía el valor de la primogenitura, pero eligió el plato de lentejas. Jacob conocía la bendición, pero confió en sus artimañas.

Moisés había oído la orden clara, pero golpeó la roca en su ira. Acán oyó el mandato, pero tomó lo prohibido. Sansón sabía su voto, pero cedió a la pasión. Saúl escuchó a Samuel, pero actuó en la ansiedad y los celos. David conocía la ley, pero cayó en el deseo. Salomón poseía sabiduría, pero entregó su corazón a la idolatría.

El denominador común en cada uno de estos casos no fue la falta de conocimiento, sino la rendición de su voluntad a las emociones. El criterio emocional es un sustituto peligroso del criterio espiritual, porque tiene apariencia de

razonable, necesario e incluso justo, pero en el fondo está gobernado por impulsos que ciegan el discernimiento. No hay decisión pequeña cuando está en juego el gobierno del corazón: si nuestras emociones dominan, tarde o temprano nuestra vida terminará alejada de la voluntad de Dios.

Hoy en día, la Iglesia enfrenta la misma tensión. Vivimos en una cultura que exalta las emociones como brújula de la vida: "haz lo que sientas", "sigue tu corazón", "no reprimas tus deseos". Este es el credo de una generación que confunde autenticidad con esclavitud emocional. Pero la Palabra nos advierte que el corazón es engañoso y que solo cuando nuestras emociones son sometidas a la cruz pueden ser sanadas y ordenadas. El discípulo de Cristo no vive según lo que siente, sino según lo que cree. El criterio espiritual no ignora las emociones, pero no se somete a ellas: las redime, las alinea y las pone al servicio de Dios.

La vida cristiana no se trata de negar que tenemos emociones, sino de aprender a discernir cuándo ellas intentan gobernar nuestras decisiones. El enojo puede impulsarnos a hablar lo que no conviene; el miedo puede hacernos retroceder en obediencia; el deseo puede llevarnos a buscar gratificación inmediata; los celos pueden sembrar enemistad y división; la ansiedad puede llevarnos a adelantarnos a la voluntad de Dios. Pero el Espíritu Santo, cuando gobierna nuestro corazón, nos capacita para discernir, esperar, dominar nuestros impulsos y actuar conforme a la Palabra.

Necesitamos, como Iglesia, un llamado urgente a discernir los criterios que guían nuestras decisiones. ¿Vivimos por lo que sentimos o por lo que el Señor nos ha hablado? ¿Decidimos con base en la fe o en las emociones del momento? Cada creyente debe aprender a identificar cuál es la emoción dominante que suele gobernarlo.

Para algunos es el temor; para otros, la ira; para otros, el deseo de aceptación; para otros, la búsqueda de placer. El Espíritu Santo no viene a anular nuestras emociones, sino a ordenarlas bajo el señorío de Cristo. Solo así el alma encuentra descanso, porque ya no necesita cargar el peso de decidir desde sus pasiones, sino que se somete a la dirección segura del Espíritu.

La historia de estos hombres bíblicos es advertencia, pero también esperanza. Adán cayó, pero en Cristo tenemos restauración. Abraham se adelantó, pero Dios lo llevó a confiar hasta lo imposible. Jacob engañó, pero en Peniel fue transformado. Moisés falló, pero fue honrado en el monte de la transfiguración. David pecó, pero fue restaurado en la misericordia. Incluso Sansón, humillado, pudo clamar a Dios y recuperar fuerzas al final de su vida. La gracia de Dios siempre está disponible para transformar nuestro criterio emocional en discernimiento espiritual, si estamos dispuestos a rendir nuestro corazón.

La exhortación final de este capítulo es clara: no dejes que tus emociones decidan tu futuro. No sacrifiques lo eterno por lo inmediato. No intentes cubrir con hojas lo que solo la

sangre de Cristo puede limpiar. No manipules la bendición con tus fuerzas. No dejes que la ira robe tus promesas. No escondas en tu tienda lo prohibido. No entregues tu unción por un instante de placer. No permitas que los celos destruyan tu llamado. No des a tu corazón el derecho de gobernar sobre lo que pertenece al Espíritu.

El criterio emocional puede ser fuerte, pero la voz del Espíritu es más fuerte cuando se le da lugar. El verdadero discernimiento nace de una vida en la Palabra, en oración, en comunión con el Señor. La madurez espiritual se evidencia cuando, en medio de emociones intensas, elegimos obedecer a Dios aunque todo en nosotros grite lo contrario. Ese es el camino de la vida, de la paz y de la victoria.

Que este capítulo sea un espejo y un llamado. No vivamos como aquellos que, teniendo promesas, dones y sabiduría, se dejaron arrastrar por sus emociones. Vivamos como hijos del Espíritu, que deciden no por lo que sienten, sino por lo que creen. Porque la fe no es un sentimiento, sino una convicción; y el criterio espiritual no nace en el alma, sino en el Espíritu de Dios que habita en nosotros.

"Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisierais."
Gálatas 5:16 y 17

Capítulo tres

EJEMPLOS DE CRITERIO EMOCIONAL

(Parte dos)

"Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte."
Proverbios 14:12

En este capítulo continuaré mencionando algunos personajes bíblicos que actuaron bajo criterio emocional. Lo haré porque pretendo dejar bien en claro que todos, en algún momento, sin importar la condición social, económica o intelectual, tomamos decisiones equivocadas basándonos en los criterios del alma.

El corazón humano, cuando se deja arrastrar por emociones sin el discernimiento de la verdad, se convierte en un juez ciego y en un consejero necio. La Escritura es clara al mostrar que muchos hombres y mujeres, incluso aquellos que tuvieron la oportunidad de vivir bajo la luz de la revelación divina, cayeron en decisiones erradas porque no supieron filtrar sus impulsos mediante un criterio santo.

El criterio, en el lenguaje de la fe, no es otra cosa que la capacidad de discernir lo que es recto a los ojos de Dios, más allá de lo que parece atractivo al corazón. Las emociones son volátiles, desequilibradas, egoístas y muchas veces cargadas de necedad, pero el criterio espiritual se fundamenta en la Palabra eterna y en la voluntad divina.

El hijo de Salomón, Roboam, fue el primer rey que dividió un reino glorioso. El trono que había heredado estaba impregnado de la sabiduría de su padre, y a su alrededor había ancianos que conocían la prudencia y el temor del Señor. Sin embargo, Roboam desechó los consejos de los sabios y prefirió el clamor insensato de sus amigos, quienes lo incitaron a endurecer su mano contra el pueblo.

Su criterio fue emocional: buscó afirmar su identidad y su poder a través de la fuerza, en lugar de escuchar la voz de la sensatez. El resultado fue la ruptura: diez tribus se apartaron, y el esplendor de la nación quedó quebrado. ¿Cuál fue la emoción dominante? La inseguridad disfrazada de orgullo, la necesidad de imponerse para no parecer débil. Así se revela el peligro de dejar que el temor al "qué dirán" sea más fuerte que el temor a Dios.

También Giezi, siervo del profeta Eliseo, nos ofrece un retrato de cómo la codicia puede sustituir el criterio recto. Después de presenciar la sanidad gloriosa de Naamán, en la que Eliseo no quiso recibir recompensa alguna para mostrar que la gracia de Dios no se compra, Giezi corrió tras el general sirio movido por la ambición.

Su razonamiento interno fue simple pero mortal: “Mi señor fue demasiado blando al dejar ir a este hombre con tantas riquezas; yo aprovecharé la ocasión.” Con este criterio distorsionado, mintió y escondió lo que tomó, y terminó cubierto de lepra. La emoción dominante fue la avaricia disfrazada de oportunidad, y su error nos enseña que cuando el corazón no se satisface en la suficiencia de Dios, el criterio se contamina con el deseo de más.

Otro ejemplo aleccionador es el del rey Uzías. Había sido prosperado por el Señor, su nombre resonaba en la tierra y su poder militar era imponente. Pero cuando el éxito se convirtió en su alimento, su criterio se nubló. En un acto de soberbia, entró en el templo y quiso ofrecer incienso, función reservada a los sacerdotes. No entendió que el favor de Dios no le daba licencia para traspasar los límites de lo santo.

El criterio de Uzías fue el de la autosuficiencia: creer que la bendición es permiso para hacer lo que uno desee. La emoción dominante fue la soberbia, y el resultado fue la lepra en su frente. Así enseña la Escritura que, cuando la gloria se sube al corazón sin ser rendida en adoración, el criterio se convierte en necedad.

Estos ejemplos nos revelan una constante: el criterio emocional no se sostiene porque se fundamenta en impulsos inmediatos y no en convicciones eternas. Roboam quiso mostrar fuerza y perdió un reino. Giezi quiso ganar riquezas y perdió la salud. Uzías quiso apropiarse de lo sagrado y

perdió su honor. En cada caso, la emoción dominante gobernó la decisión y condujo a la ruina.

El creyente de hoy no está exento de estas dinámicas. ¿Cuántas veces tomamos decisiones bajo la presión de la inseguridad, la codicia o la soberbia? ¿Cuántas veces descartamos los consejos sabios por escuchar a quienes solo alimentan nuestras emociones? El peligro sigue siendo el mismo: un criterio emocional siempre empuja hacia la autodestrucción, porque nunca nace del Espíritu sino del yo herido.

Por eso, la exhortación apostólica resuena con fuerza: ***"No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta"*** **(Romanos 12:2)**. El criterio de Dios nunca es emocional; es eterno, justo y santo.

Jonás, profeta del Altísimo, fue escogido para llevar un mensaje de gracia a Nínive, una ciudad perversa que merecía juicio. Sin embargo, su corazón se rebeló contra la misión divina. El criterio que lo gobernó no fue la obediencia, sino la aversión y el resentimiento. Jonás decidió huir en dirección contraria, convencido de que podía escapar del plan de Dios.

Su emoción dominante fue la ira disfrazada de justicia, pues prefería ver destrucción antes que misericordia. Aquí la Escritura nos muestra cómo el criterio emocional puede incluso justificar la desobediencia con argumentos

aparentemente correctos: “No es justo que estos pecadores sean perdonados.”

Pero la justicia humana no es la justicia de Dios. La tormenta, el pez y la amarga lección bajo la calabacera revelan que un corazón gobernado por emociones se convierte en prisionero de su propia dureza. El criterio del cielo, en cambio, siempre se orienta hacia la gracia que transforma.

Pedro, el apasionado discípulo, es otro ejemplo ineludible, ya que de todos los discípulos, él es como un espejo para nuestras contradicciones. En un momento se levanta con fervor para decir a Jesús: ***“Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”*** **(Mateo 16:16)**, y poco después intenta impedir que su Maestro vaya a Jerusalén a cumplir el plan de la cruz **(Mateo 16:22)**.

El criterio de Pedro fue emocional, marcado por el amor humano que no entiende los designios eternos. La emoción dominante fue el temor a la pérdida, el deseo de retener lo que amaba en lugar de someterse al propósito de Dios. Y cuando la hora de la prueba llegó, aquel mismo Pedro negó tres veces a su Señor, arrastrado por la emoción del miedo y la autopreservación.

Su historia nos recuerda que aun quienes tienen grandes revelaciones pueden fallar si no rinden sus emociones al Espíritu Santo. El criterio humano, aunque

nazca del afecto, puede convertirse en tropiezo cuando no se sujeta a la voluntad divina.

Juan, el discípulo amado, también tuvo momentos en que su criterio fue gobernado por emociones intensas. En un pasaje del Evangelio, junto con su hermano Jacobo, preguntó al Señor si podía pedir que descendiera fuego del cielo para consumir a los samaritanos que los habían rechazado **(Lucas 9:54)**. La emoción dominante fue la indignación mezclada con celo, un fuego humano que buscaba defender la honra de Cristo, pero con métodos contrarios al corazón de Dios.

Jesús los reprendió con ternura y firmeza: ***"Vosotros no sabéis de qué espíritu sois."*** El criterio emocional se viste muchas veces de espiritualidad, pero no deja de ser humano y destructivo. El verdadero celo de Dios se manifiesta en amor redentor, no en violencia ni venganza. Así aprendió Juan que el fuego del cielo que Jesús traía no era para consumir vidas, sino para encender corazones en el Espíritu.

Judas Iscariote es, quizás, el ejemplo más trágico. Aparentemente guiado por un criterio práctico, argumentó que el perfume derramado sobre Jesús podía haberse vendido y entregado a los pobres **(Juan 12:4 al 8)**. Pero la emoción dominante que lo gobernaba era la codicia mezclada con hipocresía. Sus palabras parecían sensatas, pero su corazón estaba corrompido.

Al final, su criterio emocional lo llevó a traicionar al Maestro por treinta piezas de plata. Su juicio fue dominado

por la ambición y el desencanto, incapaz de ver la gloria en la entrega del Hijo de Dios. Judas nos recuerda que un corazón gobernado por emociones sin discernimiento termina perdiendo de vista lo eterno, cambiando la presencia de Cristo por lo pasajero.

En estos ejemplos palpita un mismo hilo: las emociones, sin ser filtradas por la verdad del Espíritu, arrastran aun a los más cercanos a Dios hacia errores fatales. Jonás huyó por enojo, Pedro tropezó por temor, Juan quiso destruir por celo humano, y Judas traicionó por codicia. Todos actuaron bajo un criterio emocional, y todos nos muestran que el corazón sin la dirección del Espíritu Santo es terreno inestable.

Hoy en día, los hijos de Dios debemos mirar estos relatos como espejos. ¿Cuántas veces justificamos nuestra desobediencia, como Jonás, llamándola prudencia? ¿Cuántas veces intentamos evitar la cruz, como Pedro, con el argumento de cuidar lo que amamos? ¿Cuántas veces nos indignamos, como Juan, y usamos nuestro celo para condenar en lugar de amar? ¿Cuántas veces nos escondemos en un discurso aparentemente correcto, como Judas, cuando en realidad el corazón busca su propio beneficio? La Palabra nos confronta porque sabe que la raíz del criterio emocional sigue viva en nosotros.

Por eso necesitamos una vida donde el Espíritu Santo gobierne sobre los sentimientos. Solo Él puede alinear nuestras emociones con el corazón del Padre y enseñarnos a

discernir correctamente. El criterio emocional siempre es pasajero, pero el criterio espiritual permanece. La invitación de Dios es a rendir cada emoción en la cruz, para que nuestras decisiones reflejen la mente de Cristo y no la turbulencia de nuestro corazón.

El criterio emocional no solo se manifiesta en decisiones individuales, sino que también puede impregnar a comunidades enteras y movimientos religiosos. Así ocurrió con los líderes espirituales de los días de Jesús. Ellos conocían la Ley, memorizaban la Torá y se presentaban como guardianes de la fe de Israel, pero su corazón estaba gobernado por la envidia, el orgullo y el miedo a perder poder.

Con este criterio, persiguieron a Jesús con la intención de matarlo. La emoción dominante fue la envidia disfrazada de celo por la ley. Sus corazones no soportaban ver la autoridad, el amor y los milagros de Jesús, porque cada obra suya ponía en evidencia la pobreza espiritual de su sistema. Es el rostro más peligroso del criterio emocional: cuando se reviste de religiosidad para justificar la violencia contra el mismo Dios.

Los fariseos fueron más allá: llegaron a afirmar que Jesús expulsaba demonios por el poder de Beelzebú. Era un argumento absurdo, pero en su enojo necesitaban desacreditar lo que no podían negar. La emoción dominante fue la hostilidad irracional, nacida de un corazón endurecido que no quería rendirse a la verdad. Aquí vemos cómo el

criterio emocional puede convertirse en blasfemia: negar la obra evidente del Espíritu porque desafía nuestros esquemas. Cuando la emoción gobierna, la luz se ve como oscuridad y lo santo como profano.

El apóstol Pablo también confrontó un caso colectivo en sus cartas: los gálatas. Después de haber recibido la gracia del Evangelio, comenzaron a retroceder, intentando perfeccionarse en la carne y volver a las obras de la ley. El criterio que los movía no era el de la fe, sino la inseguridad religiosa y la presión cultural.

La emoción dominante fue el miedo a no ser aceptados, lo que los llevó a buscar seguridad en lo que podían hacer, en lugar de descansar en lo que Cristo ya había hecho. Su error revela que, cuando el criterio no está firme en el Evangelio, el corazón fácilmente cede a la manipulación, a la tradición y al legalismo.

Estos ejemplos colectivos son advertencias serias para la Iglesia de hoy. El criterio emocional puede infiltrarse en nuestras congregaciones cuando la envidia, el miedo o el deseo de poder se disfrazan de celo espiritual.

Puede manifestarse cuando desacreditamos a quienes Dios está usando solo porque su estilo nos incomoda. Puede brotar cuando preferimos estructuras rígidas que nos dan seguridad, en lugar de abrazar la libertad que Cristo nos regaló en la cruz. Una iglesia gobernada por las emociones

se convierte en una asamblea ciega, incapaz de discernir lo que el Espíritu dice en cada tiempo.

Por eso, la exhortación final de este capítulo no es solo un llamado a examinar nuestros corazones, sino también a examinar nuestras comunidades. El Señor nos invita a un criterio renovado, no emocional sino espiritual. Un criterio que no se rinde a la inseguridad, la envidia, la codicia o el miedo, sino que se funda en la mente de Cristo.

El apóstol Pablo lo expresó con claridad: ***"El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios… pero el espiritual juzga todas las cosas"*** **(1 Corintios 2:14-15)**. Esta es la clave: el criterio emocional juzga mal porque nace de un corazón natural, pero el criterio espiritual juzga rectamente porque proviene de la mente de Cristo en nosotros.

La vida cristiana no significa anular las emociones; significa rendirlas al Espíritu Santo para que sean gobernadas por la verdad. El amor se convierte en verdadero amor cuando está crucificado con Cristo. El celo se convierte en santo celo cuando fluye de la compasión de Dios. La ira se transforma en justicia cuando es canalizada por la rectitud del cielo. Cada emoción, al pasar por la cruz, deja de ser un juez tirano y se convierte en un siervo obediente al Espíritu.

Así, la Iglesia está llamada a no repetir los errores de Roboam, de Giezi, de Uzías, de Jonás, de Pedro, de Juan, de Judas, de los líderes religiosos, de los fariseos y de los

gálatas. Todos ellos nos advierten que el criterio emocional siempre termina en fractura, en lepra, en tormenta, en negación, en fuego destructor, en traición, en blasfemia o en retroceso espiritual. Pero el criterio del Espíritu produce vida, edificación y madurez.

La exhortación final es clara: entreguemos nuestras emociones a Cristo y permitamos que la Palabra moldee nuestro criterio. Porque no se trata de vivir sin sentir, sino de sentir con discernimiento espiritual. No se trata de apagar el corazón, sino de alinear el corazón con el cielo. Solo así evitaremos caer en decisiones gobernadas por la carne y podremos vivir bajo el criterio eterno del Espíritu, que nos conduce a la verdad, a la gracia y a la vida abundante en Cristo Jesús.

"Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios."
Romanos 8:14

Capítulo cuatro

EL CRITERIO ESPIRITUAL

La semejanza de Cristo

"Y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad."
Efesios 4:23 y 24

El hombre natural busca en sus emociones la fuente de autenticidad y en sus impulsos la guía para sus decisiones. Pero la Escritura nos revela que la verdadera vida y la sabiduría no brotan del corazón humano caído, sino del Espíritu Santo que procede de Dios. Es claro que en la Iglesia no se puede enseñar "criterio". Como ministros podemos enseñar sobre la Palabra de Dios y exhortar al compromiso, la entrega y la humildad espiritual, pero el criterio es algo que cada quien debe desarrollar a través de su comunión con el Espíritu Santo.

En Adán heredamos la fragilidad emocional y el desorden de las pasiones; en Cristo, el último Adán, hemos recibido un Espíritu vivificante que da nueva forma a nuestro

interior. Recordemos que Pablo declara al respecto: ***"el primer hombre, Adán, fue hecho alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante"*** **(1 Corintios 15:45)**. En esa afirmación se encuentra la clave de lo que significa poseer un criterio espiritual: no se trata simplemente de refrenar emociones humanas ni de cultivar una ética meramente psicológica, sino de reconocer que en Cristo hemos recibido otra naturaleza, otra dinámica de vida que reordena desde la raíz nuestro modo de sentir, pensar y decidir.

Cuando el Espíritu Santo viene a habitar en nosotros, comienza un proceso silencioso y profundo: la formación del carácter de Cristo desde nuestro interior. Este proceso no elimina nuestras emociones, sino que las redime, las sana y las pone al servicio del Reino. No se trata de sofocar lo humano, sino de elevarlo en la comunión con lo divino. Así, el criterio espiritual no surge de la negación de la sensibilidad, sino de su transformación bajo el gobierno del Espíritu Santo.

El hombre dominado por su carne vive esclavo de los altibajos emocionales; el hombre lleno del Espíritu aprende a discernir, a responder y a sostenerse con equilibrio. El fruto del Espíritu, descrito por Pablo en **Gálatas 5:22 y 23**, no es una lista de virtudes abstractas, sino la evidencia concreta de un corazón que es regulado por la vida divina: amor que modera el egoísmo, gozo que vence la amargura, paz que disipa la ansiedad, paciencia que apacigua la ira, benignidad que cura la dureza, bondad que desplaza la malicia, fe que

resiste la duda, mansedumbre que doma la arrogancia y templanza que gobierna los excesos.

La vida espiritual, entonces, se convierte en el espacio donde nuestras emociones son formadas por el Espíritu Santo, no para desaparecer, sino para encontrar su lugar correcto. El amor no es un sentimiento fluctuante, sino la decisión constante de entregarse; la paz no es ausencia de conflicto, sino la seguridad interior de que Dios sostiene todas las cosas; la paciencia no es pasividad, sino la firmeza de quien espera confiado en el tiempo de Dios.

Cada aspecto del fruto del Espíritu es una escuela donde nuestras emociones son reeducadas y sujetadas al fluir de Dios, de modo que aprendamos a sentir como Cristo sintió y a reaccionar como Él reaccionó. La dinámica del cambio verdadero está sujeta a la vida y no a una educación superficial que afecte solo nuestra mente.

El criterio espiritual consiste en permitir que sea el Espíritu quien dicte la pauta, quien dé el compás en medio de la sinfonía emocional de la vida. Así, dejamos de ser rehenes de nuestros estados anímicos y pasamos a ser testigos de una vida gobernada desde lo alto.

Aquí se encuentra la diferencia radical entre el mundo y el Reino: mientras que la cultura contemporánea exalta la autenticidad de "ser fiel a lo que uno siente", el Evangelio proclama la verdad de "ser fiel a lo que el Espíritu dice". En esa diferencia se juega nuestra semejanza con Cristo. No

basta con reconocer nuestras emociones; debemos permitir que el Espíritu de Cristo sea el árbitro, el formador y el guía, moldeando en nosotros un corazón que, aunque humano, late al ritmo de lo eterno.

El apóstol Pablo afirma con firmeza: ***"Mas nosotros tenemos la mente de Cristo"*** **(1 Corintios 2:16)**. Esta declaración no es una aspiración idealista, sino una realidad espiritual concedida a todo aquel que está en Cristo Jesús. Tener la mente de Cristo significa participar de una manera de pensar, sentir y discernir que ya no se rige por el ego humano, sino por la perspectiva divina.

Este es un cambio de centro: ya no somos nosotros la medida de las cosas, sino Cristo en nosotros. Y esto no se logra por simple esfuerzo intelectual o por disciplina psicológica, sino por la obra sobrenatural del Espíritu Santo que nos conforma a la imagen del Hijo.

El contraste entre reaccionar emocionalmente y responder espiritualmente se hace aquí evidente. Una reacción emocional suele ser instantánea, instintiva y muchas veces desproporcionada.

Es el impulso de Pedro sacando la espada en Getsemaní, el enojo de Moisés golpeando la roca, la impaciencia de Elías huyendo al desierto. Una respuesta espiritual, en cambio, brota de un corazón gobernado por la paz de Cristo y por la sabiduría del Espíritu.

Jesús mismo es el modelo perfecto: nunca actuó bajo presión de los hombres, nunca fue manipulado por los halagos ni vencido por las críticas. Cuando debía hablar, lo hacía con firmeza; cuando debía callar, guardaba silencio. En su vida vemos un equilibrio emocional absoluto, no porque careciera de sentimientos, sino porque todos sus afectos estaban sometidos a la voluntad del Padre.

Cristo lloró ante la tumba de Lázaro, mostrando una sensibilidad genuina. También se indignó ante los mercaderes en el templo, revelando un celo santo. Sintió compasión por las multitudes, mostrando ternura; y expresó angustia en Getsemaní, mostrando vulnerabilidad.

Sus emociones eran plenas, reales e intensas, pero jamás gobernadas por la carne ni por la confusión. En Él, la emoción no desplazaba la obediencia, sino que se alineaba con la misión. Este es el verdadero criterio espiritual: vivir nuestras emociones sin negarlas, pero sometidas al propósito eterno.

Tener la mente de Cristo y Su precioso Espíritu Santo, no significa dejar de sentir, sino aprender a sentir con Él, bajo Su perspectiva y con Su discernimiento. El creyente maduro no es aquel que nunca se entristece ni se enoja, sino aquel que sabe discernir si su tristeza es un lamento que lo conduce a Dios o una queja que lo aparta de Él; si su enojo es un celo santo por la justicia o una ira egoísta que destruye; si su alegría es fruto del Espíritu o una simple exaltación pasajera. Aquí, el Espíritu Santo cumple un papel de maestro interior:

nos enseña a filtrar cada pensamiento, cada impulso y cada emoción a través de la mente de Cristo.

El desafío, por tanto, es dejar de vivir en la reacción automática y aprender la disciplina de la respuesta espiritual. Esto exige tiempo, oración y práctica. Reaccionar es lo natural; responder espiritualmente es lo sobrenatural. El uno fluye de la carne; el otro, del Espíritu. En esa diferencia se define la madurez cristiana.

Cada situación de la vida cotidiana se convierte en un laboratorio para ejercitar esta disciplina: una palabra ofensiva, una decepción inesperada, una presión en el trabajo, una injusticia sufrida… todo puede ser ocasión para que la vieja naturaleza reaccione con enojo, miedo o ansiedad, o para que la nueva vida en Cristo responda con mansedumbre, confianza y fe.

Al final, el criterio espiritual es un reflejo de la semejanza de Cristo. Así como un discípulo quiere imitar a su maestro, nosotros aspiramos a que nuestras emociones se asemejen a las de Jesús. No se trata de suprimir lo humano, sino de ser transformados en lo divino.

El mundo propone autoayuda, control de impulsos y técnicas de relajación; el Evangelio propone morir al yo, vivir en el Espíritu y ser conformados a Cristo. Lo primero busca el bienestar temporal; lo segundo, la gloria eterna. En esa diferencia descansa la verdadera sabiduría: la cruz no nos quita la sensibilidad, pero sí nos da el poder de que nuestras

emociones estén subordinadas al gobierno de Cristo, para que en todo reflejemos Su carácter.

La obra de Cristo en nosotros no solo nos regala una nueva vida espiritual, sino que también nos abre un camino de transformación continua en nuestras emociones. Pablo lo expresa con claridad en **Romanos 12:2**: ***"No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta"***.

La renovación de la mente es la base sobre la cual nuestras emociones son reeducadas. Sin este proceso, las emociones permanecen atadas a los viejos patrones del mundo, reaccionando con impulsos carnales y tomando decisiones sin discernimiento. Pero cuando el Espíritu renueva nuestro pensamiento, también disciplina nuestras emociones para que estén alineadas con la voluntad de Dios.

El discernimiento espiritual es lo que nos permite distinguir entre un impulso emocional pasajero y una dirección del Espíritu. No todo lo que sentimos es malo, pero tampoco todo lo que sentimos es correcto. El creyente que camina en madurez aprende a preguntar en oración: "Señor, ¿qué me quieres enseñar a través de lo que siento? ¿Es esto una alerta de tu Espíritu o un capricho de mi carne?".

De esta manera, la vida emocional se convierte en un terreno fértil para la formación espiritual. El enojo puede transformarse en celo santo, el temor en confianza, la tristeza

en esperanza y hasta la alegría en gratitud. Lo que antes era desorden se convierte en instrumento, y lo que antes dominaba se convierte en siervo de la gracia.

Este proceso requiere práctica y disciplina espiritual. No basta con un conocimiento teórico; se necesita entrenamiento del corazón. Así como un músico ejercita diariamente sus dedos y su oído para afinar su arte, el creyente debe ejercitar su espíritu para que sus emociones respondan con sabiduría.

La oración se convierte en el primer ejercicio: en ella no solo presentamos nuestras emociones a Dios, sino que las dejamos bajo su gobierno. La Palabra es el segundo ejercicio: ella nos ofrece un marco de verdad que corrige nuestras percepciones engañosas y nos da perspectiva eterna. El consejo espiritual es el tercero: caminar junto a hermanos maduros en la fe nos ayuda a discernir con mayor claridad lo que sentimos y a no quedar atrapados en el autoengaño.

Así, la vida cristiana no es un esfuerzo solitario por controlar emociones, sino un proceso comunitario y espiritual de ser guiados por Dios. El Espíritu nos recuerda que no estamos solos en esta transformación: tenemos una familia de fe que nos sostiene y una nube de testigos que nos inspira.

En medio de la presión de la cultura, donde se nos invita a “seguir siempre el corazón”, la Iglesia proclama un mensaje distinto: “sigue siempre al Espíritu”. Y este

seguimiento no elimina la humanidad de nuestras emociones, sino que las redime, las ennoblece y las coloca en su justo lugar.

Reeducar nuestras emociones en Cristo significa aprender a responder como Él lo haría en nuestras circunstancias. Significa que, ante la injusticia, el enojo se exprese con mansedumbre y justicia; que, ante la pérdida, el dolor se transforme en confianza en el Dios de toda consolación; que, ante la prosperidad, la alegría no se desborde en vanidad, sino en gratitud y servicio. Cada emoción puede ser un espejo donde se refleje Cristo, siempre que se someta al poder del Espíritu Santo.

Al final, el criterio espiritual no es una teoría ni una doctrina fría, sino una práctica diaria: vivir con la mente de Cristo y con el corazón reeducado por el Espíritu Santo. Es un llamado a no vivir como esclavos de lo que sentimos, sino como hijos guiados por la verdad de Dios.

Los hijos de Dios que alcanzamos este criterio no nos dejaremos arrastrar por la marea emocional de cada día, sino que permaneceremos firmes, como árboles plantados junto a corrientes de aguas, que damos fruto en el tiempo de Dios, y todo lo que hagamos prosperará **(Salmo 1:3)**.

Este es el desafío y la esperanza de todos los hijos de Dios: parecernos cada día más a Cristo, no solo en nuestras palabras y acciones, sino también en la manera en que sentimos, discernimos y respondemos. Que en nuestra vida

el Espíritu Santo forme un carácter equilibrado y una sensibilidad madura, de modo que podamos ser testigos vivientes del poder de Dios en medio de un mundo dominado por la emocionalidad desbordada.

Solo así nuestras emociones dejarán de ser un obstáculo y se convertirán en instrumentos de adoración y servicio, alineados con la perfecta voluntad de Aquel que nos llamó a la semejanza de su Hijo.

"Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús…"
Filipenses 2:5

Capítulo cinco

CRITERIO EMOCIONAL O ESPIRITUAL EN LA FAMILIA

"Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra."
Efesios 3:14 y 15

La familia, desde su origen, fue pensada por Dios como un espacio de comunión, de protección y de formación. No nació de la necesidad humana, sino del diseño divino. Sin embargo, hoy más que nunca, la familia atraviesa una de las crisis más profundas de la historia.

La institución que debería ser el núcleo de estabilidad emocional y espiritual se encuentra constantemente sacudida por tensiones, cambios culturales y presiones externas. No es casualidad que el enemigo de nuestras almas ataque con tanta fuerza a la familia, porque sabe que allí se forma el carácter, se transmiten valores y se moldea la identidad.

En las últimas décadas, hemos visto cómo los fundamentos familiares han sido relativizados y distorsionados. La cultura actual no solo cuestiona la importancia de la familia tradicional, sino que además la reemplaza por modelos alternativos que, muchas veces, carecen de estabilidad.

Se promueve la individualidad extrema, el placer momentáneo y la desconexión emocional como si fueran virtudes modernas. El matrimonio es considerado por muchos como un contrato revocable y no como un pacto eterno; la crianza de los hijos se delega a las instituciones o a las pantallas, y el vínculo entre generaciones se ha debilitado hasta volverse, en muchos casos, casi inexistente.

Este ambiente cultural, marcado por la rapidez de los cambios y la superficialidad de los afectos, ha impregnado también el interior de muchas familias cristianas. La realidad es que los criterios emocionales que hoy gobiernan a la sociedad han entrado en los hogares: la intolerancia, el orgullo, la competencia, la falta de perdón y la búsqueda de satisfacción inmediata. Estos criterios se convierten en lentes deformados que condicionan la manera de comunicarse, de resolver conflictos y de tomar decisiones en el hogar.

Podemos verlo en ejemplos cotidianos: esposos que, ante una discusión, se encierran en el silencio como arma de castigo emocional; esposas que reclaman impacientemente lo que sus esposos no alcanzan a darles; padres que ceden a los caprichos de los hijos por temor a generar rechazo;

adolescentes que absorben sus valores más de las redes sociales que del consejo de sus padres. Todo ello produce hogares frágiles, incapaces de sostener la presión de los tiempos y vulnerables a la destrucción emocional y espiritual.

Pero frente a esta realidad, la familia cristiana está llamada a marcar una diferencia. La fe no convierte mágicamente a las personas en seres perfectos, pero sí establece un fundamento diferente desde el cual se pueden afrontar los conflictos y construir relaciones sólidas.

Pensar que la conversión de un miembro de la familia cambiará automáticamente los ámbitos del hogar es una utopía. El alma evidencia rápidamente ese tipo de expectativas en los recién convertidos. Llegan al Señor, participan de un par de reuniones y creen que todos sus problemas pueden resolverse de inmediato. Son pocos los que comprenden los procesos de expansión y transformación.

Esto es como tener un gimnasio y que comience a entrenar una persona con ochenta kilos de más. No puede pretender que su estado físico, generado por años de mala gestión alimenticia, cambie únicamente por el hecho de estar en el gimnasio. Sin duda puede mejorar su condición, pero debe asumir un proceso de entrenamiento y sacrificios personales.

De manera similar, muchas personas que llegan a la Iglesia cuentan sus problemas, piden oración y esperan cambios automáticos en sus matrimonios, en sus hijos o en

sus finanzas, sin considerar que Dios puede hacer un milagro, pero siempre estará presente la demanda de responsabilidad. El Señor primero nos otorga la vida, luego nos conduce por el camino de la madurez espiritual y nos enseña a vivir bajo el gobierno del Espíritu Santo, en la revelación de la verdad. Ese compromiso y sujeción a Su gobierno es lo que determina nuestra efectividad en producir cambios en nuestras familias.

Generalmente, los conflictos familiares no solo no se resuelven automáticamente, sino que pueden empeorar hasta que esa familia esté bajo el poder del Reino. Cuando uno de los miembros se convierte a Cristo, inevitablemente se generan tensiones. La conversión no es simplemente un cambio de religión; es un cambio de vida, de mentalidad y de prioridades. Y este cambio, que afecta a las emociones y a la manera de relacionarse, muchas veces incomoda al resto de la familia.

Quien ha sido alcanzado por la gracia de Dios debe enfrentar con sabiduría el desafío de tratar con amor y paciencia a aquellos que aún no han creído. La tentación de imponer cambios, señalar errores o actuar desde una postura de superioridad espiritual puede generar divisiones más profundas y un inevitable choque entre la luz y las tinieblas.

En esos momentos, el criterio emocional debe estar dominado por el fruto del Espíritu: mansedumbre, dominio propio, paz y amor. El nuevo creyente necesita entender que su vida será un testimonio más elocuente que cualquier

discusión. No se trata de ganar argumentos, sino de ganar corazones para Cristo. Si desea ver el avance del Reino sobre su familia, debe renunciar al intento de producir cambios con sus propias fuerzas.

Lo que antes no se resolvió, no se resolverá por ir a la Iglesia o por leer la Biblia. Es la vida de Cristo la que debe ir creciendo en esa persona, de manera que se evidencien frutos y sabiduría espiritual. Ser generadores de cambios implica, primeramente, una transformación personal. Nuestros seres queridos aún inconversos no caerán rendidos ante nuestra Biblia ni por poner alabanzas en la casa. Necesitamos funcionar bajo criterio espiritual y provocar cambios.

La conversión, entonces, es el primer gran campo de batalla donde los criterios emocionales deben ser ordenados por la obra del Espíritu Santo. Si en este proceso no hay paciencia, humildad y perseverancia, el nuevo creyente puede convertirse en un factor de conflicto más dentro del hogar. Pero si permite que Cristo gobierne sus reacciones, su vida se convertirá en una luz que, aunque al principio incomode, tarde o temprano irradiará transformación.

Una vez que la fe ha entrado en el hogar y los miembros de la familia comienzan a caminar en el proceso de conversión, surgen nuevos escenarios que ponen a prueba los criterios emocionales. El matrimonio, como vínculo más cercano y profundo dentro de la familia, se convierte en el campo donde las emociones son más intensas y donde se

revela con mayor claridad si la fe está moldeando el carácter, o si las viejas formas de reaccionar siguen dominando.

Es maravilloso cuando un matrimonio se rinde por completo a los pies de Cristo, porque entonces las soluciones se experimentan más rápidamente. Sin embargo, en ocasiones solo uno de los cónyuges se convierte primero, y este debe tener paciencia y determinación para luchar con las armas de la luz hasta que su pareja se convierta verdaderamente; solo entonces podrán trabajar juntos espiritualmente para producir todos los cambios necesarios.

El conflicto matrimonial no es señal de fracaso; más bien, es evidencia de que dos personas diferentes, con historias, temperamentos y expectativas distintas, han decidido vivir unidas en pacto. El verdadero problema no es la existencia de conflictos, sino la manera de afrontarlos. Muchos matrimonios fracasan porque permiten que las emociones no gobernadas se conviertan en la brújula de sus decisiones.

El enojo mal resuelto, las palabras dichas en la ira, los silencios prolongados cargados de resentimiento o la indiferencia como mecanismo de defensa, son armas emocionales que desgastan y destruyen el pacto matrimonial. Algunos no reconocen fácilmente que son parte del problema, porque el alma los llena de razones; pero la verdad triunfa cuando esas razones se entregan en el altar del compromiso, la humildad y el abandono.

Aquí se manifiesta la diferencia entre reaccionar en la carne y responder en el Espíritu. La carne exige justicia inmediata, quiere tener la razón, busca imponerse y descargar el peso de la ofensa. El Espíritu, en cambio, enseña a ser lento para la ira, a buscar la reconciliación y a poner el amor por encima del orgullo. Una reacción en la carne puede incendiar una discusión; una respuesta en el Espíritu puede apagarla y transformarla en oportunidad de crecimiento.

El concepto de que "si voy a la Iglesia, Dios nos puede cambiar" es bastante dañino, porque limita la verdadera revelación de la regeneración. El evangelio del Reino no es un simple cambio; eso es lo que las personas pueden imaginar, pero el evangelio del Reino consiste en un intercambio de vida: la vida de Cristo en lugar de la nuestra. La madurez de esa vida recibida se expresa muriendo al yo, mediante el renunciamiento diario de nuestras emociones para vivir sujetos al gobierno del Espíritu.

"Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que, como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva."
Romanos 6:4

Como enseña el apóstol Pablo, cuando Cristo murió, fuimos sepultados en Su muerte; cuando Cristo resucitó, resucitamos para vida nueva. Este es el principio más poderoso del Reino, porque sin esta revelación nada se puede

alcanzar. No se trata de una vieja vida cambiada, sino de una nueva vida en proceso de madurez.

Las personas que practican religión, se esfuerzan mucho para producir resultados y fracasan inevitablemente, porque no consiguen cambiar a la medida de Cristo, o cambian ciertas conductas pero pierden el gozo, ya que no está en el hombre vivir como Dios quiere, sino en Cristo, quien nos otorga Su vida y Sus capacidades para lograrlo.

El Nuevo Pacto en el que vivimos no es un pacto entre Dios y los hombres. Nosotros no tenemos un pacto con Dios. El Nuevo Pacto es entre el Padre y el Hijo; es decir, entre Dios y un hombre: Jesucristo. Nosotros, por gracia, podemos vivir en Él, pero el Nuevo Pacto no depende de nosotros, ni de nuestras capacidades, ni de nuestras intenciones, sino de Cristo.

Entender esto es clave, porque nuestras fuerzas o intenciones pueden impedir el poder de Dios. Muchos fracasan procurando un cambio, intentando ser como Cristo; sin embargo, este cambio se produce por vida, no por ideas o conductas. Si realmente deseamos un matrimonio de Reino, necesitamos la obra de la Cruz: primero, para comprender el amor de Dios en toda su magnitud, y segundo, para poder vivir en la plenitud que Dios propone.

La esperanza matrimonial no está en la buena voluntad de los cónyuges, que, determinando ser mejores, comienzan a congregarse. La esperanza está en Cristo, y vivir en Él

implica aceptar nuestra cruz para recibirlo. Es decir, Cristo padeció la cruz en Su carne; nosotros, en la fe, la tomamos cada día, negando nuestra vieja naturaleza.

Negar la vieja naturaleza no significa mentirnos diciéndonos que no existe, sino dejar de complacerla en sus bajos instintos, deseos, pensamientos o emociones. Esa negación, unida a la fe en el poder de Dios, nos permitirá manifestar la vida de Cristo, y eso es lo que nuestra familia necesita. Debemos estar claros: no hay esperanza en nuestra vieja naturaleza, pues esta solo contiene la esencia de Adán. La esperanza está en el Nuevo Hombre, que es Jesucristo, quien nos hace más que vencedores en Él.

Un matrimonio cristiano está formado por dos personas que han entregado su vida al Señor. Son dos personas que, por la fe, han determinado morir para vivir una nueva vida. Son dos personas equipadas por el Señor para superar cualquier adversidad, porque la gran verdad consumada del Reino es que todo lo podemos en Él y no en nosotros mismos **(Filipenses 4:13)**.

Lo mismo sucede en la crianza de los hijos. Los padres, muchas veces agotados por las presiones del trabajo y las demandas de la vida diaria, reaccionan con dureza, impaciencia o indiferencia. El criterio emocional de la carne dice: “Responde rápido, grita más fuerte, demuestra autoridad con enojo”; pero la autoridad que debemos ejercer es espiritual, al igual que la sabiduría.

El criterio del Espíritu dice: "Corrige con amor, instruye con paciencia, guía con el ejemplo". La Escritura advierte claramente: ***"Padres, no exasperéis a vuestros hijos"*** **(Efesios 6:4)**. La exasperación no solo nace de una disciplina severa, sino también de una disciplina incoherente, cuando lo que se exige no está respaldado por el ejemplo o por la autoridad legítima que proviene de la vida en Cristo.

En la práctica, estas diferencias se hacen evidentes en las pequeñas decisiones cotidianas. Un padre que reacciona en la carne ante un hijo rebelde probablemente levante la voz, imponga un castigo desproporcionado y termine provocando un resentimiento mayor. Pero si responde en el Espíritu, buscará un momento oportuno, hablará con firmeza y ternura, y utilizará el conflicto como oportunidad para sembrar valores eternos en el corazón de su hijo.

Otro ejemplo común es el manejo de las crisis económicas en el hogar. Cuando falta el dinero, la reacción natural es entrar en desesperación, culparse mutuamente o dejar que la ansiedad gobierne las emociones. Pero el criterio espiritual enseña a confiar en la provisión de Dios, a unir fuerzas como pareja, a tomar decisiones sabias en oración y a mantener la unidad aun en medio de la escasez.

Los principios espirituales para las finanzas no son compatibles con los criterios emocionales. Quien administra por emoción nunca administra por revelación. Cuando los hijos de Dios buscan comprensión, no avanzan, porque

esperan empatía en lugar de conducción. Esto puede parecer frío, pero en realidad es práctico y efectivo.

Cuando Jesús le dijo al joven rico que entregara sus riquezas, no utilizó un criterio emocional, sino uno netamente espiritual. Por eso puede parecernos ofensivo o falto de sensibilidad, pero, en realidad, si dejamos que Dios nos gobierne, nuestra alma sufrirá pérdidas. Lo que muchos no comprenden es que los cambios financieros en la familia pueden llegar de la mano de la fe, y eso no contempla emociones.

Hoy muchos se enojan con el mensaje financiero, pero eso solo evidencia el criterio emocional que utilizan. La gente del Espíritu no cuestiona el dar; cuando obedece, no busca ser comprendida ni teme ser estafada por los hombres, porque opera desde un criterio espiritual innegable que la guía por el camino de las acciones de fe. Estos son los que luego ven resultados. Quienes utilizan el criterio emocional difícilmente logran la prosperidad del Reino, aquella que no añade tristezas.

Es importante entender que estas diferencias no son meras actitudes externas, sino reflejo de lo que gobierna el corazón. El criterio emocional de la carne se alimenta del orgullo y del egoísmo; el criterio del Espíritu se nutre de la gracia y del amor de Cristo. Por eso, cada conflicto matrimonial, cada batalla en la crianza de los hijos y cada desafío financiero no deben verse como amenazas, sino como

escenarios de entrenamiento espiritual donde la familia aprende a dejarse guiar por el Espíritu Santo.

El hogar cristiano se convierte así en un taller de santificación. Es en las discusiones de pareja, en las decisiones de crianza y en los momentos de tensión y necesidad donde se forja un carácter semejante al de Cristo. Allí se aprende a morir al yo, a renunciar al derecho de tener siempre la razón, a ejercer el perdón y a sembrar paciencia. El matrimonio y la familia no son solo un regalo; son también un proceso de transformación.

El camino de la familia cristiana no se reduce a superar conflictos matrimoniales ni a aprender estrategias de crianza equilibradas. El verdadero propósito de Dios es que toda la familia sea consagrada a Él. La fe no fue diseñada para vivirse de manera individual y aislada, sino como una herencia que se transmite de generación en generación, formando hogares que reflejen la gloria del Señor.

La consagración familiar no significa que cada miembro sea perfecto, sino que cada uno reconozca su necesidad de Dios y se rinda a Su señorío. Cuando los padres viven consagrados, marcan un rumbo espiritual que impacta directamente en sus hijos.

Los niños aprenden más de lo que ven que de lo que escuchan. Un padre que ora, una madre que confía en Dios en medio de las pruebas, hijos que participan en la vida de la

iglesia: todo ello crea un ambiente de fe que moldea el carácter y fortalece la unidad familiar.

El peligro de muchas familias cristianas hoy, es vivir con una fe fragmentada. Se ora en la iglesia, pero no en la casa; se habla de amor y perdón en el templo, pero en el hogar se levantan muros de indiferencia y resentimiento.

La consagración debe ser integral, abarcando cada espacio de la vida familiar: las conversaciones en la mesa, las decisiones económicas, el uso del tiempo, la administración de las emociones y hasta la manera de disfrutar juntos. Cuando Cristo ocupa el centro de la familia, el criterio emocional ya no está dominado por la carne, sino guiado por el Espíritu.

La consagración trae orden a las emociones. Allí donde antes había gritos, hay paz; donde había sospecha, hay confianza; donde había distancia, hay cercanía. El hogar se convierte en un refugio de amor y en una escuela de fe. Y aunque no falten las pruebas, la familia consagrada tiene la fuerza espiritual para atravesarlas unida, sostenida por la gracia de Dios.

Podemos pensar en ejemplos concretos: un hijo que enfrenta la tentación en la adolescencia encuentra en la fe de sus padres un ancla que lo sostiene; una pareja que atraviesa una crisis económica se mantiene unida porque sabe que su pacto no depende de la abundancia; una familia que enfrenta la enfermedad aprende a clamar junta y a confiar en la

fidelidad de Dios. La consagración no elimina los problemas, pero transforma la manera en que se viven.

El desafío para cada familia cristiana es cultivar este ambiente espiritual en el que las emociones estén bajo el gobierno del Señor. No se trata de reprimir lo que sentimos, sino de encauzar nuestras emociones para que glorifiquen a Dios. El enojo puede convertirse en pasión por corregir con justicia; la tristeza, en clamor que busca consuelo en Cristo; la alegría, en gratitud y adoración. Así, el criterio emocional en la familia se convierte en un testimonio poderoso para el mundo.

En un tiempo en que la cultura promueve la ruptura, la independencia extrema y la fragilidad de los vínculos, la familia cristiana está llamada a ser un faro de estabilidad y esperanza. Los hogares consagrados muestran que el amor es más fuerte que el egoísmo, que la fe es más firme que la duda y que la gracia es más poderosa que el resentimiento.

Cada familia que decide vivir bajo el señorío de Cristo se convierte en una proclamación silenciosa pero contundente, de que el Evangelio es real y transformador. Por eso, la exhortación final es clara: que cada familia decida rendir sus emociones al Señor, cultivar la unidad, ejercitar el perdón y consagrarse diariamente en oración y obediencia.

El hogar no es simplemente el lugar donde habitamos, sino el altar donde aprendemos a ofrecer nuestras vidas como sacrificio vivo a Dios. Allí se forjan las generaciones, allí se

transmiten los valores eternos, allí se prepara un pueblo que refleje la imagen de Cristo.

Que cada familia, guiada por el Espíritu, pueda decir como Josué: ***"Yo y mi casa serviremos a Jehová"*** **(Josué 24:15)**. Esa declaración no es solo un compromiso religioso, sino una decisión emocional, espiritual y práctica que transforma la manera de vivir. Y cuando esa verdad se hace carne en el hogar, el criterio emocional de la familia deja de estar gobernado por los impulsos de la carne, para ser conducido por la vida del Espíritu, mostrando así al mundo la belleza de Cristo en lo cotidiano.

"¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? Muestre por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre. Pero si tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón, no os jactéis, ni mintáis contra la verdad; porque esta sabiduría no es la que desciende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica. Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa. Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía. Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz."

Santiago 3:13 al 18

Capítulo seis

CRITERIO EMOCIONAL O ESPIRITUAL EN LA IGLESIA

"Yo, pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz."
Efesios 4:1 al 3

La Iglesia no es una institución fría ni un edificio de piedras; es un cuerpo vivo, una familia espiritual, un pueblo redimido que camina en la fe del Hijo de Dios. En ella se entretejen los lazos más profundos, no basados en la sangre humana, sino en la sangre preciosa de Cristo, que nos reconcilió con el Padre y nos unió como hermanos y hermanas.

La comunidad de fe es un testimonio visible de que el evangelio no es un mensaje abstracto, sino una realidad encarnada en la convivencia, el amor y la mutua edificación. La Iglesia es, en verdad, un milagro de comunión en medio

de un mundo fragmentado por el egoísmo, las ideologías y la desconfianza.

Sin embargo, este milagro debe ser custodiado. La unidad espiritual, fruto del Espíritu Santo y no de acuerdos humanos, constituye una de las realidades más gloriosas y, a la vez, más vulnerables de la vida eclesial. Desde sus comienzos, la Iglesia ha sido atacada con la intención de quebrar esa unidad.

Satanás sabe que una Iglesia dividida pierde su voz profética, diluye su fuerza y deja de ser luz en medio de las tinieblas. Por eso, los intentos de sembrar discordia, envidia y pleito se han repetido a lo largo de los siglos, tanto en las congregaciones locales como en el cuerpo de Cristo en general.

La convivencia de los santos no está exenta de tensiones. Cada creyente trae consigo su carácter, sus heridas emocionales, sus perspectivas y sus procesos de santificación. Por ello, la comunidad de fe se convierte en un laboratorio de gracia, donde el criterio emocional o espiritual determina si las diferencias son transformadas en oportunidades de crecimiento o si se convierten en armas de destrucción.

En la historia de la Iglesia, se han visto conflictos originados en celos ministeriales, envidias por dones espirituales, divisiones por interpretaciones parciales de la Escritura e incluso contiendas motivadas más por pasiones

desordenadas que por la verdad del evangelio. Cuando el criterio emocional gobierna la expresión de la Iglesia, no faltarán los conflictos, especialmente en el liderazgo, porque su gestión es trascendente y siempre debe fundamentarse bajo criterio espiritual.

El apóstol Pablo ya advertía a los corintios sobre este peligro: ***"Porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres?"*** **(1 Corintios 3:3)**. El problema no era únicamente teológico, sino profundamente emocional y espiritual. La carnalidad, expresada en la manera de manejar los conflictos, amenazaba con socavar la edificación de toda la comunidad. Lo que vemos hoy no es distinto: las heridas del alma, cuando no son sanadas por el Espíritu, pueden convertirse en instrumentos de división.

La historia también nos ofrece ejemplos de cómo las pasiones humanas, no gobernadas por el criterio espiritual, provocaron rupturas dolorosas en la Iglesia. Hubo concilios que surgieron no solo de un celo santo por la verdad, sino también de luchas de poder; hubo movimientos de reforma que nacieron del Espíritu, pero que pronto se vieron contaminados por el orgullo y las rivalidades. Allí donde faltó humildad, oración y discernimiento, los conflictos degeneraron en rupturas que dejaron cicatrices profundas en el testimonio cristiano.

Hoy los ataques a la unidad de la Iglesia se han multiplicado y sofisticado. En tiempos pasados, las

divisiones quedaban circunscritas a una comunidad local o a un círculo limitado de creyentes. Pero en la era digital, los conflictos y las críticas se han amplificado a escala global.

No son pocos los casos en los que cristianos exponen a la Iglesia en las redes sociales, ventilando públicamente desacuerdos, errores o pecados que deberían ser tratados en la intimidad pastoral y con el espíritu de restauración que enseña la Escritura. Cuando los hijos de Dios se atacan entre sí en medios digitales, no solo hieren a sus hermanos, sino que exponen la obra de Cristo al escarnio de un mundo que ya de por sí se burla de la fe.

Hay varios hermanos que hoy en día se dedican a publicar videos de diferentes predicadores para hacer apologética, que es la rama de la teología que se ocupa de defender y justificar la verdad. Esto lo hacen con la intención de responder a los desafíos intelectuales y las negaciones a la fe, buscando ayudar a otros a encontrar y comprender la verdad religiosa. El problema es que lo hacen públicamente y lo que terminan generando son opiniones y conceptos negativos contra la Iglesia en general.

Quienes critican a ciertos ministros, por más razón que tengan, terminan actuando bajo criterios emocionales y no espirituales. Por esto, pretendiendo hacer el bien, terminan haciendo un mal muy grande. No lo digo porque considere que esté mal analizar con ojo crítico todo mensaje y toda unción manifestada en la Iglesia, sino porque esto nunca debería hacerse de manera pública ante la mirada de gente

inconversa, que al final decidirá no acercarse a una Iglesia envuelta en semejante conflicto interno.

El criterio espiritual conducirá a todos los hijos de Dios a observar y discernir claramente toda mentira que se mueva dentro de la Iglesia. Nos permitirá advertir una mala enseñanza, una falsa profecía, una falsa unción, un falso milagro o cualquier manipulación espiritual. A la vez, nos dará la prudencia para saber en qué ámbito podemos compartir o desenmascarar estas cosas.

La Escritura es clara en cuanto a la necesidad de tratar los conflictos con sabiduría espiritual. Jesús enseñó en **Mateo 18** que, si un hermano peca, se le debe confrontar en privado primero; luego, con testigos; y solo en última instancia, ante la congregación. Nunca dice que debemos hacerlo públicamente ante los inconversos.

Sin embargo, la lógica de este tiempo parece invertida: lo que debería ser un proceso de restauración se convierte en un espectáculo mediático. Esto demuestra que el criterio emocional, marcado por el enojo, la frustración o el orgullo, está prevaleciendo sobre el criterio espiritual. Y cuando esto sucede, la comunión se resquebraja y el Reino se debilita en el testimonio de la Iglesia.

El desafío de la Iglesia en este tiempo es volver a reconocer que la unidad no es un adorno opcional, sino una necesidad vital. Con esto no sugiero mantener unidad espiritual con falsos ministros; lo que digo es que todos los

que servimos a Dios con limpia conciencia y bajo la supervisión del Espíritu Santo, debemos unirnos y obrar con prudencia espiritual.

Jesús oró al Padre para que sus discípulos fueran uno, como Él y el Padre son uno **(Juan 17:21)**. Esa unidad no se sostiene en afinidades humanas, sino en el Espíritu de Dios que habita en nosotros. Por eso el criterio espiritual es indispensable: nos ayuda a juzgar con justicia, a discernir con verdad y a manejar las diferencias sin perder de vista el propósito mayor de la Iglesia: glorificar a Cristo y extender Su Reino.

La comunión espiritual de la Iglesia no se sostiene en emociones pasajeras ni en simpatías personales. Tiene un fundamento más alto y sólido: el criterio espiritual, que procede de la Palabra de Dios y del discernimiento del Espíritu Santo. Solo desde esta perspectiva es posible mantener relaciones limpias, cultivar la unidad y sobrellevar las diferencias. Sin este criterio, la Iglesia se convierte en un grupo humano más, sujeto a las mismas divisiones, pleitos y fracturas que marcan al mundo.

El criterio espiritual no es otra cosa que la mirada de Cristo aplicada a nuestras relaciones. Es aprender a juzgar no con ojos de carne, sino con la mente renovada del Espíritu. Pablo exhortaba a los corintios diciendo: ***"El que es espiritual juzga todas las cosas"*** **(1 Corintios 2:15)**. Esto no significa juzgar con dureza ni con espíritu crítico, sino discernir con amor, con humildad y con justicia lo que

conviene para la edificación del cuerpo. Cuando juzgamos situaciones desde nuestras emociones heridas, terminamos dañando la comunión; cuando juzgamos desde el Espíritu, buscamos siempre la restauración y la gloria de Dios.

Por eso es vital reconocer cómo influyen nuestras emociones en el trato hacia los demás. El enojo puede cegar la razón, la envidia puede distorsionar la verdad, y el orgullo puede endurecer el corazón. Decisiones tomadas bajo estas emociones casi siempre conducen a divisiones y a heridas que tardan en sanar.

El apóstol Santiago lo expresó con claridad: ***"Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa"*** **(Santiago 3:16)**. Cuando permitimos que estas pasiones gobiernen, la comunidad de fe pierde su sabor y su luz, y el testimonio de Cristo se ve empañado. La tolerancia espiritual no nos conduce a negociar la verdad, sino a aceptar diferencias periféricas que no modifican los fundamentos del evangelio del Reino.

El liderazgo espiritual tiene un rol fundamental en este proceso. Los pastores, ancianos y siervos de Dios no están llamados a gobernar desde el poder humano, sino a pastorear desde la mansedumbre y la sabiduría que viene del cielo. Su tarea es conducir a la Iglesia hacia la unidad, discerniendo cuándo un conflicto es fruto de malentendidos que deben aclararse, y cuándo es el resultado de raíces más profundas de orgullo o falta de perdón que requieren intervención pastoral.

Un liderazgo que actúa con criterio espiritual se convierte en un muro de contención contra la división. En cambio, un liderazgo que se deja arrastrar por sus emociones puede terminar siendo parte del problema y no de la solución. Justamente, muchos de los que se creen más puros en la interpretación del evangelio son los que, al final, expresan más hostilidad hacia todos los que piensan diferente; en nombre de la santidad, terminan pecando.

Las diferencias ministeriales son inevitables, porque el cuerpo de Cristo es diverso en dones, llamados y funciones. Sin embargo, estas diferencias no deberían ser motivo de rivalidad, sino una oportunidad de complementariedad.

Pablo comparó la Iglesia con un cuerpo en el que el ojo, la mano, el pie y cada miembro cumplen un rol indispensable **(1 Corintios 12)**. Cuando un miembro menosprecia al otro, el cuerpo se enferma; pero cuando todos trabajan en armonía, el cuerpo crece sano. El criterio espiritual nos recuerda que el ministerio no es una competencia, sino un servicio; no es un lugar de protagonismo personal, sino de entrega mutua en amor.

Jesús advirtió con palabras solemnes que ***"todo reino dividido contra sí mismo es asolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma no permanecerá"*** **(Mateo 12:25)**. La Iglesia no es la excepción. Una congregación que permite que los celos, las contiendas o los pleitos gobiernen, se encamina a la ruina espiritual. Pero una congregación que decide someter sus emociones a la dirección del Espíritu y

juzgar las situaciones desde la perspectiva divina permanecerá firme, aun en medio de los ataques más intensos del enemigo.

El criterio espiritual, entonces, no es un lujo ni una alternativa secundaria: es la base que sostiene la convivencia de los santos. Es el filtro que nos permite separar lo esencial de lo accesorio, lo eterno de lo pasajero, lo verdadero de lo aparente. Allí donde los creyentes se conducen con este criterio, la comunión se fortalece, el amor crece y el testimonio de Cristo resplandece ante el mundo.

La historia de la Iglesia nos muestra que los momentos de mayor impacto en el mundo fueron aquellos en los que los creyentes permanecieron unidos más allá de sus diferencias. El libro de los Hechos describe una comunidad que perseveraba en la doctrina de los apóstoles, en la comunión, en el partimiento del pan y en las oraciones.

Esa unidad espiritual produjo un testimonio tan poderoso que el Señor añadía cada día a la Iglesia a los que habían de ser salvos **(Hechos 2:47)**. La clave no estaba en la ausencia de conflictos, porque los hubo, como el desacuerdo entre Pablo y Bernabé, sino en la disposición de dejar que el Espíritu guiara los procesos y sanara las heridas.

A lo largo de los siglos, también encontramos ejemplos luminosos de comunidades cristianas que, enfrentadas a persecuciones externas, eligieron mantener la unidad en lugar de dejarse dividir. Allí donde la Iglesia fue perseguida, la

comunión se volvió su fuerza; allí donde fue tentada por los halagos del poder o por luchas internas, muchas veces cayó en divisiones que desfiguraron su testimonio. La lección es clara: la unidad espiritual es siempre más fuerte que la presión del enemigo, pero también es más frágil que los orgullos y pasiones humanas.

Hoy en día, los ataques a la Iglesia se han trasladado al espacio digital. Lo que antes podía quedar limitado a murmuraciones internas, hoy se amplifica en las redes sociales con la velocidad de un clic. Reitero: no son pocos los casos de cristianos criticando públicamente a otros cristianos, ministerios cuestionando a otros ministerios y congregaciones exponiendo conflictos internos ante un mundo que observa con incredulidad. Este fenómeno es doloroso porque exhibe las debilidades de la Iglesia en lugar de sus virtudes, y porque contradice el mandato bíblico de tratar los asuntos con amor, verdad y prudencia.

Existen situaciones que deben resolverse con transparencia, pero dentro de los límites que establece la Escritura. Jesús enseñó que la disciplina eclesial es un proceso gradual y restaurador, no un espectáculo público. Cuando el criterio emocional, el enojo, el resentimiento o la frustración, toman el control, los problemas se vuelven carnales y la Iglesia se fragmenta. Pero cuando el criterio espiritual prevalece, incluso los conflictos más difíciles se convierten en oportunidades para mostrar el amor de Cristo y la obra del perdón.

No podemos olvidar que el mundo nos está observando. Jesús dijo: ***"En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros"*** **(Juan 13:35)**. El testimonio de la Iglesia no se mide solo por la pureza de su doctrina, sino también por la calidad de sus relaciones. Una Iglesia que predica amor pero se muestra dividida pierde autoridad; en cambio, una Iglesia que camina en unidad, aun en medio de diferencias, se convierte en una señal viva del Reino de Dios en la tierra.

Por eso necesitamos una decisión consciente: elegir el criterio espiritual por encima del criterio emocional. Esto implica juzgar con misericordia, decidir con mansedumbre, actuar con humildad y priorizar la edificación común por sobre la vindicación personal. Implica someter nuestras emociones al Espíritu Santo para que no gobierne la carne, sino Cristo en nosotros. Implica reconocer que el orgullo no edifica, que la envidia no construye, que el enojo no restaura y que solo el amor permanece.

Un reino dividido no puede prevalecer **(Marcos 3:24)**. Esa advertencia de Jesús resuena hoy con más urgencia que nunca. La Iglesia está llamada a ser unida, no porque todos piensen igual o porque no existan diferencias, sino porque todos reconocen a un mismo Señor, se rinden a un mismo Espíritu y viven para un mismo propósito. Allí donde el criterio espiritual guía las relaciones, la comunión se vuelve inquebrantable, y el testimonio de Cristo brilla con mayor fuerza.

Este es el llamado que hoy debemos abrazar: volver al criterio espiritual como fundamento de nuestra convivencia y comunión. No es opcional, es vital. Si queremos que la Iglesia resplandezca en medio de la oscuridad de este tiempo, debemos guardar la unidad en el vínculo de la paz, soportándonos en amor, exhortándonos con verdad y edificándonos mutuamente en la gracia. Solo así seremos un cuerpo sano, una familia sólida y un testimonio fiel del Reino de Dios en la tierra.

"Para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste."
Juan 17:21

Capítulo siete

CRITERIO ESPIRITUAL ANTE LA SOCIEDAD

"Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder"
Mateo 5:14

Estas palabras de Jesús no son solo un llamado individual, sino un mandato colectivo para la Iglesia: permanecer encendida y visible en medio de un mundo envuelto en sombras de confusión, injusticia y emociones desbordadas. Vivimos en una sociedad donde los valores cambian con rapidez, donde las emociones humanas son manipuladas por corrientes culturales y donde la verdad divina a menudo es cuestionada o despreciada.

En este contexto, el creyente se enfrenta a la tensión constante entre conformarse al sistema o sostener la integridad espiritual. La historia de Israel nos muestra que Dios preservó a Su pueblo de la influencia corruptora de las naciones circundantes, en el caso de ellos separándolos físicamente de la convivencia con las demás naciones y

dándoles principios claros para vivir sin contaminarse **(Éxodo 23:23 al 33)**.

Hoy en día, la Iglesia no está apartada físicamente del sistema, pero debe ser preservada espiritualmente. Cada creyente es llamado a caminar con discernimiento, ejerciendo un criterio espiritual que le permita distinguir lo verdadero de lo falso, lo justo de lo conveniente y lo eterno de lo pasajero.

Vivimos tiempos donde la complejidad de la sociedad no es solo un desafío externo, sino un territorio donde las emociones humanas se entrelazan con la presión cultural, formando una red invisible que puede atrapar incluso al más firme de los creyentes. Si permitimos que el alma juzgue, terminará aliándose con el sistema. Lo que necesitamos es criterio espiritual.

Las calles, las escuelas, los medios de comunicación, las redes sociales y los lugares de trabajo se han convertido en escenarios donde se enfrenta diariamente la lucha entre lo que es correcto a los ojos de Dios y lo que el mundo impone como normal. La sociedad actual promueve valores contradictorios, muchas veces disfrazados de libertad, progreso o modernidad, que buscan moldear pensamientos y emociones con una fuerza silenciosa pero penetrante.

En medio de este panorama, los creyentes estamos llamados a no sucumbir a la confusión, sino a desarrollar un criterio espiritualmente firme, capaz de distinguir la verdad de Dios entre el ruido emocional y cultural. No se trata de

ignorar la realidad ni de vivir aislados, sino de aprender a caminar con discernimiento, preservando la integridad del alma.

Como mencioné, la historia de Israel nos muestra un ejemplo tangible de cómo Dios protegió a Su pueblo de la corrupción de las naciones circundantes: apartándolos de las naciones paganas y dándoles principios claros para vivir sin contaminarse con la idolatría y la injusticia de su entorno. Cada vez que violaron esta directiva divina, fracasaron y pagaron las consecuencias. Hoy, la Iglesia no debe retirarse del sistema, pero sí debe ser preservada espiritualmente, o perderá su efectividad como expresión de Dios.

Los creyentes debemos ser como faros en medio de la oscuridad, testigos que, aunque convivamos en un mundo hostil, podemos reflejar la luz del Reino. La cultura de este mundo, lo que la Biblia llama el sistema babilónico, promueve la anarquía espiritual, la inmediatez, el egoísmo y la manipulación emocional. Frente a esto, la vida de fe nos invita a sostener la calma, a discernir los tiempos y a responder con sabiduría, no con impulsos ni emociones desbordadas.

Consideremos el ejemplo de jóvenes estudiantes que, día a día, enfrentan en instituciones educativas sistemas y doctrinas cuyos valores son contrarios a la fe cristiana. Estas supuestas verdades universales que profesan, violentan la verdad eterna. Cada palabra que escuchan, cada acción de sus

compañeros y cada presión cultural que experimentan es un terreno donde el criterio espiritual es puesto a prueba.

Debemos tener en claro que, si estos jóvenes no son entrenados en el uso del criterio espiritual, utilizarán sus emociones y, de pronto, pueden ser absorbidos por el sistema. Los jóvenes suelen carecer de una personalidad firme, lo cual los hace propensos a las influencias de su entorno; por esto, es muy importante que puedan cultivar un sólido criterio espiritual.

No se trata de que rechacen todo lo que el mundo ofrece, sino de evaluar lo que es conforme al corazón de Dios y actuar con coherencia. Así, incluso un adolescente puede ser un testimonio vivo, demostrando que la verdad no depende del poder de la mayoría, sino de la firmeza en Cristo. El miedo no es criterio espiritual; la revelación sí lo es.

El cristiano que carece de criterio espiritual, en cambio, se ve arrastrado con facilidad por las corrientes emocionales del sistema. Su vida se convierte en un espejo de la confusión social, donde la ira, la frustración y la susceptibilidad a la ofensa dominan sus respuestas. Por eso, la formación de un criterio espiritual es indispensable: no es un lujo, sino una necesidad vital para vivir con integridad y efectividad en medio de un mundo complejo y hostil.

"Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad. Haced todo sin murmuraciones ni contiendas, para que seáis

irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo; asidos de la palabra de vida…"
Filipenses 2:13 al 16

La respuesta de los creyentes ante la injusticia, la presión cultural o la ofensa no puede limitarse a la reacción emocional inmediata. El criterio espiritual se traduce en un estilo de vida, en un comportamiento que refleja la cultura del Reino: valores, principios y actitudes que transforman la mente y moldean el corazón. Esta formación es intencional y constante, y requiere disciplina, oración, estudio de la Palabra y práctica en la vida cotidiana.

En los adultos, esta cultura del Reino se manifiesta de manera particular en el ámbito laboral. Muchos cristianos se enfrentan a ambientes donde la ética es sacrificada por el beneficio, donde la presión por conformarse al sistema puede ser intensa y donde la injusticia parece prevalecer.

Mantener la integridad en estos escenarios no significa un rechazo radical al mundo, sino adoptar una postura firme que permita actuar según la voluntad de Dios. Cada decisión tomada con criterio espiritual, cada palabra pronunciada con sabiduría, se convierte en un testimonio que trasciende la predicación formal: el comportamiento del creyente habla con más fuerza que sus discursos.

Si un hijo de Dios es empresario, debe ejercer una verdadera integridad, ser luz entre sus pares y llegar a lugares donde muchos otros no pueden acceder. Si tiene un negocio y es patrón, debe ser el más justo, sensible y a la vez firme, estableciendo un criterio de acción espiritual en todo momento. Si es empleado, debe ser el mejor, actuando con responsabilidad, puntualidad, compromiso y entrega.

Es muy triste cuando nos enteramos de hermanos que dan un mal testimonio en su lugar de trabajo. Un amigo empresario me contó que, pretendiendo bendecir a los hermanos, comenzó a ocupar gente cristiana para su empresa, pero al final tuvo que desistir de la idea, porque los cristianos que ocupaba, incluso hermanos de la misma congregación, actuaban con irresponsabilidad y atrevimiento, creyendo tener derechos especiales solo por ser hermanos en la fe.

Personalmente, he ocupado hermanos de la Iglesia para realizar algunos trabajos de albañilería en mi casa. Luego, he tenido que llamar a otros, citándolos a escondidas, para que corrigieran lo edificado por estos hermanos. He gastado el doble, al tener que realizar nuevamente todo el trabajo de manera correcta, con el temor de que los hermanos no se enteraran y se ofendieran, apartándose de la Iglesia.

Una verdadera mentalidad de Reino implica una Iglesia manifestada en todo tiempo y lugar. El criterio emocional genera muy mal testimonio, porque las actitudes, las ideas y los hechos no obedecen a decisiones sensatas y

justas. Esto también es muy evidente en hermanos que evidencian tendencias políticas o fanatismos deportivos.

Todo fanatismo es pecado y, en todo caso, está regulado por el criterio emocional. Los fanáticos idolatran su equipo y no utilizan un criterio lógico respecto de formas y resultados. Un fanático no sabe perder, no sabe diferenciar verdades de mentiras, solo cree que tiene razón en todo lo que piensa, pero lo hace con gran mediocridad.

Quienes abrazan ciertas ideologías políticas también actúan bajo un criterio emocional generalizado. Esto no lo digo porque esté mal abrazar ciertas ideas. El problema está en abrazar el paquete completo, creyendo que todo lo que hace o determina su partido está bien, mientras que todo lo que hace o gestiona otro partido está mal.

La verdad es que los hijos de Dios somos libres de elegir un equipo deportivo como favorito, pero no debemos actuar con fanatismo. Podemos considerar que una ideología política es mejor o más justa, pero no debemos fanatizarnos con nada ni con nadie, y no debemos perder el criterio de juicio correcto, pudiendo distinguir entre el bien y el mal, la verdad y la mentira, trate de quien se trate.

Es muy penoso ver a algunos hijos de Dios discutiendo como fanáticos con otras personas. Nosotros tenemos la responsabilidad de expresar libertad, y la libertad no puede estar sujeta a un fanatismo. El criterio de juicio se sostiene ajeno a toda necedad. Reitero: los hijos de Dios podemos

tener nuestros gustos y abrazar determinadas ideas políticas que consideremos mejores, pero lo que no debemos hacer jamás es defender con fanatismo necio ninguna ideología.

La exposición constante a ideas contrarias a la fe puede generar confusión y dudas. Por eso es esencial que los líderes espirituales enseñemos a los santos a evaluar cada situación bajo la supervisión y guía del Espíritu Santo. Debemos enseñar a los hijos de Dios a funcionar con discernimiento espiritual.

Es de imperiosa necesidad que los cristianos actuemos con coherencia intelectual y con sabiduría espiritual, incluso cuando esto implique ir contra la corriente. Los hijos de Dios debemos mantener nuestras convicciones en medio de burlas o presiones sociales. Debemos convertirnos en canales de la cultura de Reino, demostrando que la fe auténtica no se adapta a la conveniencia humana, sino a la voluntad divina.

La cultura de Reino también se refleja desde la familia. Los padres que enseñan a sus hijos a enfrentar la sociedad con integridad, amor y sabiduría están formando futuros creyentes capaces de sostener su criterio espiritual en cualquier circunstancia. Cada ejemplo de justicia, paciencia y mansedumbre dentro del hogar actúa como un entrenamiento práctico que prepara a los hijos para la vida fuera de la protección directa de los padres. De esta manera, la formación de una cultura de Reino no es solo doctrinal, sino vivencial, práctica y transformadora.

El desafío es grande, porque el sistema busca seducir a los creyentes con gratificaciones inmediatas y aparentes soluciones emocionales. Sin embargo, el criterio espiritual enseña a discernir lo que es pasajero de lo que es eterno, lo que es conveniente de lo que es justo, y a sostener la integridad aun cuando todo a nuestro alrededor parezca promover lo contrario. Pablo les dijo a los ancianos de Éfeso:

"Considero que mi vida carece de valor para mí mismo, con tal de que termine mi carrera y lleve a cabo el servicio que me ha encomendado el Señor Jesús, que es el de dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios."
Hechos 20:24

El testimonio personal es la culminación del criterio espiritual. No se trata únicamente de predicar con palabras, sino de vivir de manera que la vida misma sea un mensaje tangible de transformación.

La coherencia entre convicciones, emociones y acciones se convierte en un lenguaje poderoso que el mundo observa con atención. Cuando un cristiano actúa con integridad, responde con paciencia ante la injusticia y mantiene la esperanza aun en situaciones adversas, su vida habla de la realidad de Dios de manera más eficaz que cualquier discurso elaborado.

Dar testimonio de Cristo en medio de un mundo emocionalmente desbordado implica enfrentar la presión cultural, la injusticia y la ofensa sin dejarse dominar por la

indignación o la desesperanza. Implica actuar con sabiduría, discernimiento y amor, reflejando la paciencia y la mansedumbre de Jesús. Cada decisión justa, cada palabra dicha con integridad, cada acto de amor genuino se convierte en un ejemplo de la cultura de Reino en acción.

Los jóvenes, al enfrentarse a instituciones educativas hostiles, tienen la oportunidad de mostrar que la fe no es una carga, sino una guía; que la verdad no se impone con fuerza, sino con coherencia. Los adultos en el ámbito laboral pueden convertirse en agentes de cambio silenciosos, influenciando decisiones, fomentando justicia y modelando ética cristiana en contextos que parecen dominados por el interés propio y la corrupción emocional.

El cristiano que comprende la importancia del criterio espiritual actúa como un puente entre la santidad de Dios y la complejidad del mundo. No se aparta del sistema, sino que transforma desde dentro, mostrando que es posible vivir con integridad sin caer en la complacencia, que se puede amar a los demás sin permitir que las emociones dominen la razón y que se puede mantener la fe aun cuando la sociedad promueva valores contrarios.

Al final, el criterio espiritual no solo protege al creyente; también forma a otros, preserva la integridad de la Iglesia y deja un testimonio duradero en medio de un mundo que parece desbordado por la emoción, la confusión y la injusticia. Vivir con este discernimiento es un llamado a ser luz, a reflejar la cultura de Reino y a demostrar que la

verdadera influencia cristiana no se mide por palabras, sino por la coherencia y la fuerza transformadora de la vida entregada a Dios.

El criterio espiritual nos capacita para cumplir este mandato: vivir en medio de la sociedad, discernir con sabiduría, actuar con integridad y ser testimonio vivo del Reino de Dios. En un mundo que desborda emociones y confunde valores, la luz de Cristo en la vida del creyente permanece, orienta y transforma, mostrando que la verdadera fuerza no está en la mayoría, sino en la fidelidad a Aquel que nos llamó a ser sal y luz.

"Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos."
Mateo 5:16

EPÍLOGO

"Dichoso el que halla sabiduría, el que adquiere inteligencia. Porque ella es de más provecho que la plata y rinde más ganancias que el oro. Es más valiosa que las piedras preciosas: ¡ni lo más deseable se le puede comparar!"
Proverbios 3:13 al 15

Al concluir este recorrido por la complejidad del alma humana y la supremacía del Espíritu de Cristo en la vida del creyente, es necesario detenernos a reflexionar sobre la responsabilidad que tenemos como hijos de Dios en este tiempo. La Palabra nos ha mostrado, a través de ejemplos antiguos y actuales, cómo las emociones, cuando gobiernan sin ser redimidas, pueden conducir al error, a la división y a la ruina espiritual; pero también cómo, bajo la dirección del Espíritu Santo, pueden ser transformadas en instrumentos de edificación, unidad y victoria.

El criterio emocional, cuando se erige como juez supremo de nuestras decisiones, revela nuestra naturaleza adámica: frágil, volátil, sensible a la ofensa y ciega ante la voluntad eterna. El criterio espiritual, en cambio, no niega la existencia de las emociones, sino que las redime y las ordena bajo la mente de Cristo. Allí radica la gran diferencia: el alma grita lo inmediato, pero el Espíritu susurra lo eterno.

Vivimos en una generación marcada por la exaltación del yo, por la hipersensibilidad emocional y por una cultura que valora la reacción por encima de la reflexión. En este escenario, la Iglesia está llamada a ser una voz diferente: no aquella que se deja arrastrar por las corrientes emocionales de la época, sino aquella que demuestra que el Espíritu Santo es suficiente para gobernar la mente, sanar las emociones y guiar los pasos hacia decisiones que glorifiquen a Dios.

El gran desafío de este tiempo es recordar que el Evangelio no es meramente un conjunto de ideas morales, ni un sistema de bienestar emocional, sino una vida nueva en Cristo. Esta vida se sostiene en la cruz, donde las emociones del hombre natural, el enojo, el miedo, la ambición, los deseos desordenados, fueron crucificadas con Él y resucitadas para servir a un propósito superior.

El apóstol Pablo lo expresó con claridad: ***"Ya no vivo yo, más vive Cristo en mí"*** **(Gálatas 2:20)**. Este es el clamor que la Iglesia necesita volver a levantar. No se trata de suprimir las emociones ni de negar nuestra humanidad, sino de dejar que el Espíritu Santo regenere, transforme y gobierne nuestras reacciones. Cuando una iglesia aprende a vivir de esta manera, el mundo puede ver en ella un testimonio distinto: un pueblo que no responde con odio al odio ni con venganza a la injusticia, sino que refleja la templanza, el gozo y la paz de Cristo.

En un tiempo donde se confunde la espiritualidad con sentimentalismo y la verdad con relativismo, urge recuperar

el criterio espiritual como brújula. No podemos permitir que la fragilidad emocional determine el rumbo de nuestras familias, ministerios o decisiones. El Espíritu Santo sigue siendo el Maestro que enseña a discernir, a pensar con los ojos de la eternidad y a actuar con la sabiduría de lo alto.

Nuestra alma está en un permanente proceso de redención. La revelación de la Palabra y el poder del Espíritu Santo la van liberando y sujetando a gobierno. Debemos aprender a guiar nuestras emociones a los pies de Cristo. La formación espiritual implica un proceso en el cual aprendemos a reconocer qué nos mueve: ¿el temor humano, la presión cultural, el enojo momentáneo, o la convicción del Espíritu Santo?

La Iglesia del presente y del futuro debe ser un espacio donde no solo se alimente la fe, sino también se rediman las emociones. Necesitamos comunidades espirituales donde la compasión supere al enojo, la paciencia venza a la impaciencia y la mansedumbre prevalezca sobre la ira. La sujeción emocional no es opcional; es parte de la santificación progresiva que el Espíritu Santo obra en cada hijo de Dios.

El fruto del Espíritu **(Gálatas 5:22 y 23)**, no es un adorno devocional, sino la evidencia concreta de una vida en la que el criterio emocional ha sido sustituido por el criterio espiritual. Allí donde antes había arrebato, aparece la templanza. Donde reinaba la tristeza sin consuelo, surge el gozo. Donde había rencor, florece la paz. Este es el poder del

Evangelio: transformar lo íntimo del corazón humano para reflejar la semejanza de Cristo.

Iglesia preciosa, no podemos ignorar el clamor del tiempo presente. La sociedad se desmorona bajo el peso de emociones desbordadas: violencia, divisiones, ansiedad, soledad, resentimientos colectivos. En medio de esa oscuridad, la Iglesia tiene la oportunidad de mostrar un camino diferente: no un moralismo frío, sino la vida del Espíritu que transforma.

Este libro no ha pretendido ser un tratado exhaustivo sobre el criterio emocional, sino una enseñanza que deje claro que el criterio emocional debe ser llevado a la cruz, y el criterio espiritual debe ser abrazado con decisión. Cada creyente, cada familia, cada comunidad de fe está llamada a examinar cuál es la voz que gobierna sus pasos.

Si la Iglesia responde desde las emociones carnales, repetirá los errores de los fariseos, de Judas, de los gálatas confundidos. Pero si responde desde el Espíritu, será como el Buen Pastor, que supo llorar, pero también discernir; que sintió compasión, pero actuó en obediencia perfecta; que fue tentado en todo, pero sin pecado. El llamado es a abrazar la semejanza del último Adán: “Cristo Jesús”, y dejar que su Espíritu vivificante sea la fuente de toda reacción, decisión y visión de vida.

La historia bíblica nos mostró hombres y mujeres que fracasaron por dejarse dominar por sus emociones, pero

también nos mostró a Cristo, el modelo perfecto, quien nos enseñó que es posible vivir en obediencia al Padre aún en medio de las pasiones humanas.

La última exhortación es clara: debemos rendir nuestra alma, con todas sus emociones, al gobierno del Espíritu Santo. Debemos permitir que nuestra mente sea renovada cada día y que nuestras reacciones se alineen con la voluntad de Dios. Solo así podremos vivir una vida plena, libre de la esclavitud del yo y útil para la gloria del Reino.

Que este libro no sea solo información, sino transformación. Que no quede como un tratado leído, sino como una voz que nos lleve a doblar rodillas, a pedir la llenura del Espíritu Santo y a decidir, cada día, vivir desde el criterio espiritual.

El Señor sigue buscando una Iglesia madura, sobria y llena de amor; una Iglesia que, guiada por el Espíritu Santo, refleje la mente de Cristo en medio de una sociedad confundida. Espero que podamos ser parte de esa Iglesia.

"El que tiene oídos para oír, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias…"
Apocalipsis 2:29

Oración final:

Señor amado, venimos delante de Ti reconociendo nuestra fragilidad. Sabemos que muchas veces hemos reaccionado desde nuestras emociones y no desde Tu Espíritu. Hemos permitido que el enojo, la tristeza, el temor o la ambición nos guíen más que Tu voz...

Hoy rendimos nuestra alma, con todas sus emociones, pensamientos y deseos, a la autoridad de Tu Espíritu Santo. Pedimos que crucifiques en nosotros lo carnal y lo natural, y que nos enseñes a vivir bajo el criterio espiritual de Cristo…

Renueva nuestra mente, Señor, para que pensemos como Tú piensas. Transforma nuestro corazón, para que amemos como Tú amas. Guía nuestros pasos, para que nuestras decisiones reflejen Tu voluntad y no nuestros impulsos…

Haznos hombres y mujeres llenos de Tu fruto: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza. Que en la familia, en la Iglesia y en la sociedad se vea la diferencia de una vida gobernada por Tu Espíritu…

Padre, queremos ser una Iglesia madura, un pueblo que no se deja arrastrar por las emociones de la carne, sino que vive en la libertad gloriosa de los hijos de Dios…

Gracias por Jesucristo, el último Adán, que nos mostró el camino perfecto. Gracias por Tu Espíritu Santo, que nos capacita a seguirle. Gracias porque en Ti tenemos victoria sobre nosotros mismos...

En el nombre de Jesús, nuestro Señor y Salvador, oramos… ¡Amén!

Reconocimientos

"Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.
Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.
Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia,
me fue revelando todo esto…"

"Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión"

Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Osvaldo Rebolleda

El Pastor y maestro Osvaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

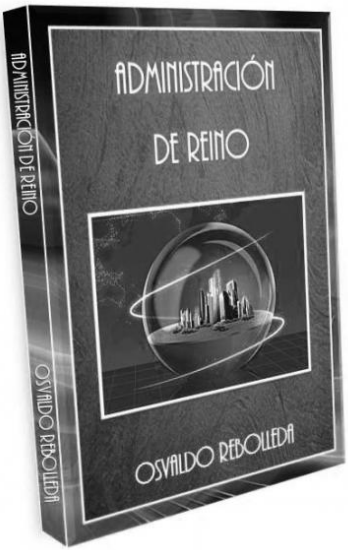
El maestro Osvaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.

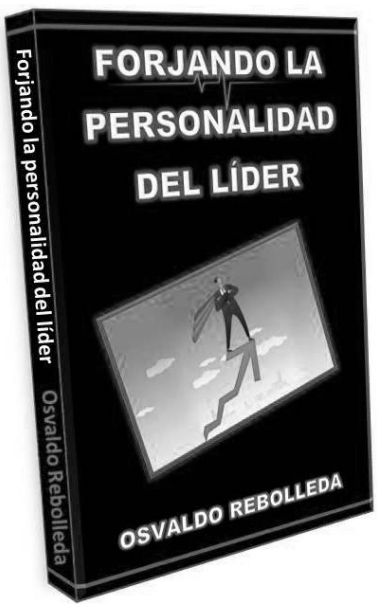
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

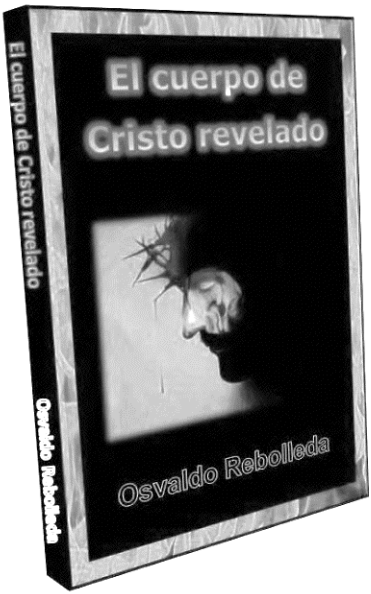
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

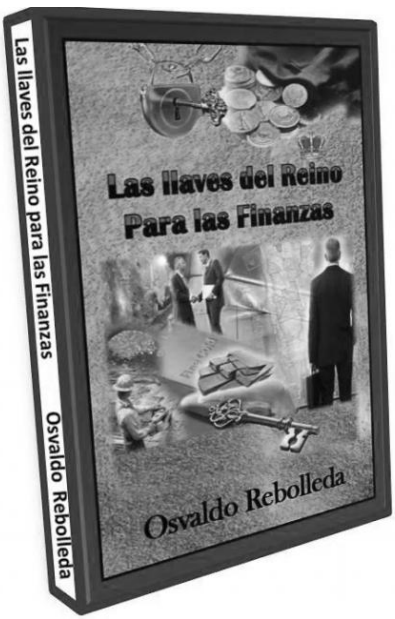


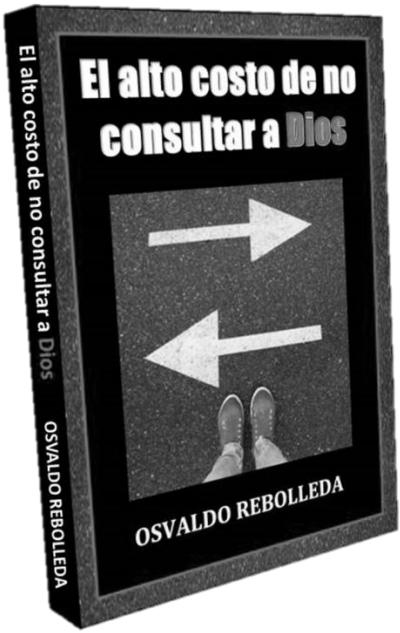
www.osvaldorebolleda.com



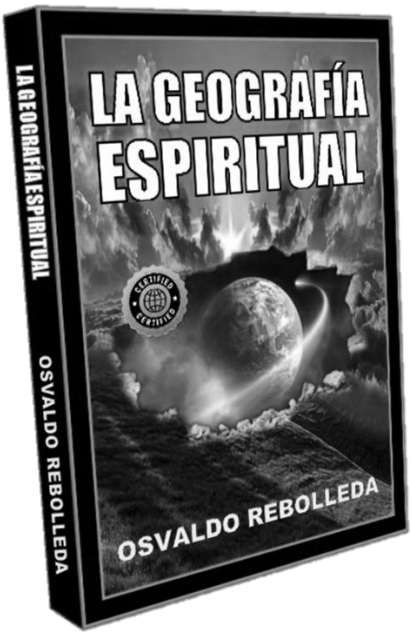


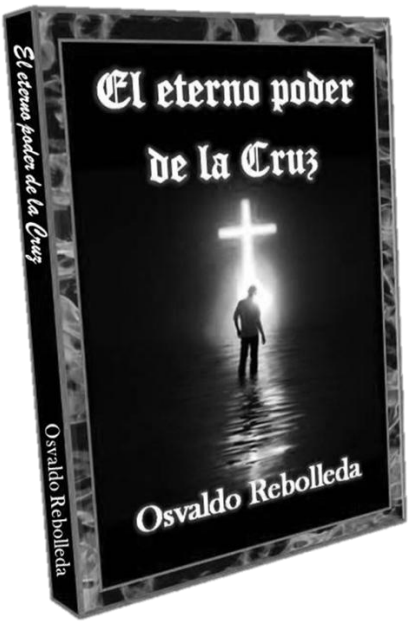
www.osvaldorebolleda.com

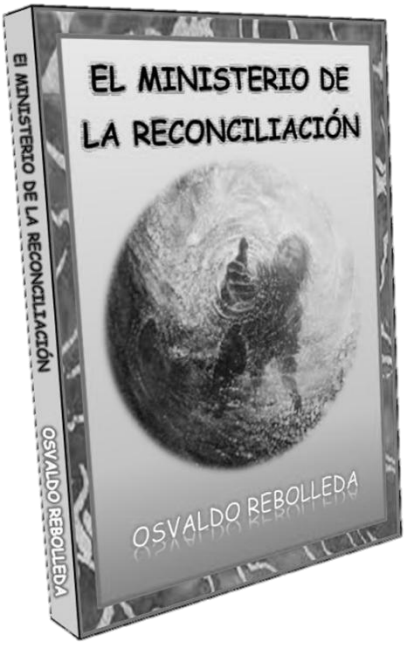


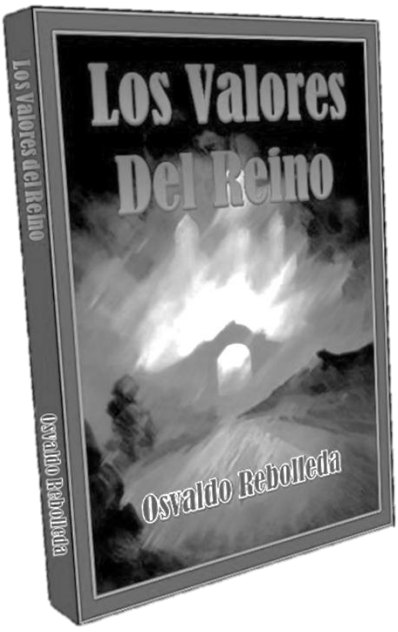
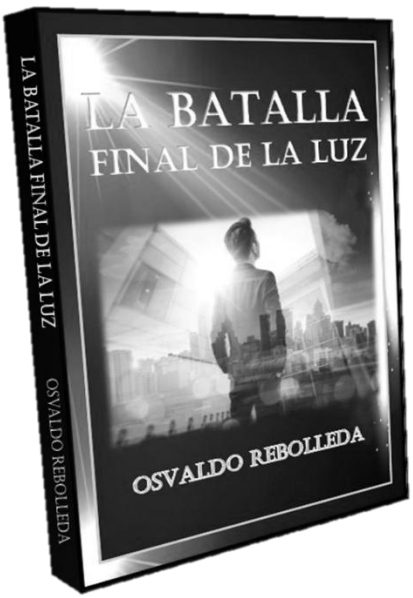


www.osvaldorebolleda.com









www.osvaldorebolleda.com